

DAVID SANDÓ
MARC JUERA CONCHILLO

A woman with long dark hair, wearing a black hooded cloak, is the central figure. She holds a sword in her right hand, which is positioned vertically. Her left hand is extended forward, palm facing the viewer, and it glows with a bright blue light. The background is a dark, smoky red and orange gradient.

ENTRE TRAZOS

RELATOS
DE ATRORETH

Entre trazos

Relatos de Atroreth

David Sandó
Marc Juera Conchillo



Primera edición: abril 2018

ISBN: 978-84-9194-271-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: David Sandó y Marc Juera Conchillo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: 123rf - captblack76

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

A los jóvenes de corazón.
Nunca dejéis de creer en la magia.

David Sandó

Para mi madre, Carmina, que siempre está ahí, apoyándome.
Y para mi abuelo Rogeli, la persona más culta que he conocido.
Estés donde estés, espero que te sientas orgulloso.

Marc Juera

A nuestros lectores.
Vuestra paciencia será recompensada.

Marc y David

Reflejos

El Rey de las Ratas estaba en pie junto a la ventana abierta de su despacho con la mirada perdida y el gesto absorto. Desde los jardines ascendía el envolvente aroma de los macizos de flores, y el trino de las aves desgranaba una melodiosa cacofonía que levantaba ecos en el techo de la caverna. Ildo, sin embargo, no les prestaba atención. Su mente se encontraba a leguas de distancia, deambulando entre dudas, preocupaciones y cadenas de pensamientos circulares que le llevaban una y otra vez a la misma desastrosa conclusión: había llegado el momento de abandonarlo todo y desaparecer.

Ildo nunca había planeado tener que dejar atrás todo aquello por lo que había luchado, el imperio que tanto le había costado levantar. Siempre había creído que, de una forma u otra, se las arreglaría para salir a flote, como las ratas de las que había tomado prestado el nombre. Por desgracia todos sus planes y contingencias se habían ido al traste uno tras otro, y poco a poco se estaba quedando sin opciones.

El mundo se estaba desmoronando a su alrededor, y si no se andaba con cuidado acabaría por aplastarle.

La culpa de todo era de Markin, o al menos eso era lo que había podido deducir a partir del puñado de documentos que descansaba ahora, desordenado y a medio leer, sobre su mesa.

Ildo había tenido que reconstruir los hechos con la información fragmentada que sus hombres habían reunido para él, pero creía tener una idea bastante clara de lo que estaba pasando. Y era aterradora.

Todo había empezado con la masacre del Coliseo y la batalla de la Academia, casi once meses atrás. La Guardia Hefestiana y la Inquisición habían hecho todo lo posible por mantener en secreto los detalles de los ataques, pero el Rey de las Ratas tenía ojos y oídos por toda la ciudad, incluso entre las fuerzas del orden. Fue así como averiguó la identidad de la joven que acompañaba a Markin la tarde que había visitado la corte.

De haber sabido entonces quién era, Ildo habría hecho todo lo posible por capturarla, aunque eso hubiese supuesto tener que enfrentarse a su viejo amigo. El coste habría sido enorme, Markin era un hueso duro de roer, y seguramente habría acabado con gran parte de sus hombres antes de caer; pero los beneficios habrían cubierto con creces las pérdidas. Porque si lo que insinuaban los informes de sus espías era cierto, que las criaturas que masacraron el Coliseo en realidad la estaban buscando a ella, la chica habría sido la moneda de cambio perfecta. Ofreciéndosela a los demonios se habría ganado el favor de su amo, un señor de la guerra de otra dimensión que planeaba invadir su mundo. Y como el Duque solía decir, cuando se preparaba una guerra era preferible congraciarse con ambos bandos; así, ocurriera lo que ocurriese, uno siempre se encontraría del lado del vencedor. El consejo le había funcionado hasta entonces. Era una pena que en esta ocasión la oportunidad se le hubiese escapado de las manos.

Al menos descubrir que la muchacha tenía en su poder el camafeo de los Tardicán le había permitido hacer un trato con Libitina Minari, y eso había mitigado en parte sus pérdidas, porque el intercambio que había hecho con Markin había resultado ser menos provechoso de lo esperado. No solo había perdido el *Licandro*, un objeto que le había ayudado a mantener a raya a sus enemigos, sino que sin querer había mostrado debilidad al no castigar a Perníobe por desobedecer sus órdenes, y algunos de sus cortesanos habían decidido aprovechar esa debilidad para quitarle de en medio. En tan solo dos meses Ildo había sobrevivido a cinco atentados contra su vida por parte de quienes creyeron que, sin el *Licandro*, sería presa fácil. Como siempre, le habían subestimado. El *Licandro* no era el único objeto de poder que poseía. Ni siquiera era el más peligroso. En realidad Ildo lo había usado más como fuerza disuasoria que como amenaza real. Jamás se habría atrevido a liberarlo. Era demasiado difícil de controlar, y aún más de destruir. Habría que estar loco para dejarlo suelto. El estúpido de Markin lo había hecho, y eso casi le había costado la vida.

Perníobe no había estado involucrada en los atentados, y eso había sorprendido un poco a Ildo. O bien la bruja había aprendido la lección tras su último intento, o había decidido esperar a que el Rey hubiese acabado con sus enemigos y se confiara. Probablemente se tratase de lo último. Esa serpiente era demasiado lista para atacar cuando su víctima estaba en guardia y a la espera. Era una pena. Ildo casi habría deseado que lo intentara. Eso le habría permitido comprobar si el encantamiento de la *Daga* funcionaba como le habían prometido.

La *Daga de Chariotte* había sido un objeto irresistible, por eso había aceptado el intercambio. Si los rumores que circulaban sobre ella eran ciertos, si de verdad poseía los poderes que le otorgaban las leyendas, era más valiosa que su colección entera de artefactos mágicos. Por desgracia Ildo aún no había podido confirmar ni desmentir esos rumores. La *Daga* llevaba casi un año en su poder, y todavía no había conseguido hacerla funcionar. Ni siquiera sabía si el ritual que le había vendido aquel radamantio era auténtico. Y aunque lo fuese, era tan específico que resultaba muy difícil cumplir todas las condiciones que requería. Así que, de momento, la *Daga* era solo un objeto simbólico sin valor mágico alguno.

“Con un poco de suerte, pronto se me presentará una oportunidad para usarla”, pensó acercándose al espejo de pared que había a la derecha de su escritorio. Se detuvo frente a él para estudiar su reflejo y sus ojos descendieron hasta el bolsillo derecho de su túnica. Ildo metió una mano en él, y pese a que cuando volvió a sacarla estaba vacía, su reflejo sostenía en ella una delicada daga plateada con la empuñadura de marfil tallada en forma de dragón con las alas recogidas.

Ildo sonrió antes de volver a guardarla. Allí la tendría siempre a mano, y nadie sería capaz de encontrarla.

El anciano suspiró, palmeó el bolsillo de su túnica y regresó a los pergaminos que le esperaban en la mesa. Ninguno de ellos traía buenas noticias.

La situación había empeorado en Hefestia tras la masacre en la mansión de los Pizcazu tres semanas atrás, y todo parecía indicar que seguiría haciéndolo. Algo se acercaba, algo grande a lo que nunca antes se habían enfrentado, un enemigo para el que no estaban preparados. Y pese a que solo unos pocos sabían lo que ocurría en realidad, había una extraña incertidumbre en el ambiente. Era casi palpable. El reino entero parecía estar conteniendo el

aliento, aunque la mayoría no entendía por qué, y eso les ponía muy nerviosos.

Por lo que Ildo había podido deducir no había una única razón, sino que se trataba de una convergencia de sucesos aparentemente aleatorios que en realidad estaban relacionados.

Para empezar estaba el rumbo que había tomado el Juego de las Casas. Por lo general los conflictos internos entre las familias más poderosas de la ciudad no solían incumbir al pueblo llano, más preocupado por llevar comida a sus mesas que por el destino de las Casas. Al populacho no le importaban los enredos y las intrigas que se gestaban en las mansiones flotantes, ni si el patrimonio de un Jerarca pasaba a manos de otro, ni cuál de ellos ostentaba más poder en la Jerarquía. Las grandes familias vivían en un mundo aparte, y sus maquinaciones no acostumbraban a afectar al día a día de los hefestianos.

Desgraciadamente, esta vez era distinto.

En esta ocasión el conflicto no involucraba solo a un puñado de Casas, sino que todas ellas estaban envueltas de un modo u otro. Era raro el día que Ildo no recibía noticias de nuevos ataques, muertes o desapariciones en el seno de alguna Casa, y esa incertidumbre había llevado a los Jerarcas a tomar decisiones drásticas, como aumentar la seguridad de sus hogares creando salvaguardas místicas o doblar —o incluso triplicar— el contingente de guardias en sus ejércitos privados. Ildo ya había perdido a un puñado de hombres a causa de eso, porque la falta de soldados y mercenarios entrenados había llevado a algunas Casas a contratar músculo entre los matones del arrabal. Esa no era una idea muy inteligente, en opinión de Ildo. Él sabía por experiencia que los gorilas no solían ser de confianza. Aunque claro, eso mismo podía afirmarse también de algunos magos de apellido ilustre.

A la inestabilidad de las Casas había que sumar los cada vez más frecuentes ataques de criaturas demoniacas, que encontraban a sus víctimas propiciatorias en las calles de la ciudad al caer la noche. La Brigada Démoniaca tenía que hacer frente casi a diario a nuevas incursiones, y las bajas se contaban ya por decenas. Nadie estaba a salvo, y el pueblo, convencido de que todo formaba parte del Juego, culpaba de ello a los Jerarcas. Eso no ayudaba precisamente a disipar la tensión que se respiraba en Hefestia.

Ildo llevaba más de cincuenta años controlando los bajos fondos, y si había sobrevivido tanto tiempo era gracias a su astucia. Quizás no poseyera magia

suficiente para derrotar en combate a un simple aprendiz de la Academia, pero nunca la había necesitado. Le bastaba con su ingenio. Con ardides había conseguido arrebatarse el poder a su antiguo amo y mentor, el Duque; con engaños y manipulaciones había hecho crecer su imperio; y con diplomacia y habilidad, y en ocasiones chantaje, había logrado que incluso los señores de las Casas le respetaran. Si Ildo se encontraba donde se encontraba era gracias a su inteligencia y a su particular forma de ver el mundo. Por eso sabía que tras el enfrentamiento entre las Casas se ocultaba algo más. Aquella no era una simple lucha por hacerse con una parcela mayor de poder. Había alguien tirando de los hilos, sacudiendo el precario equilibrio del sistema de Casas y manipulando a los Jerarcas para convertir enemistades casi olvidadas en agravios imperdonables. Si no se equivocaba, y rara vez lo hacía, la intención de esa persona —o personas— era provocar una guerra civil.

Y con Hefestia sumida en el caos de un conflicto fratricida, una fuerza invasora procedente de otra dimensión, como la que describían los informes, no encontraría demasiada resistencia.

Ildo debía admitir que la idea del conquistador interdimensional le había parecido absurda la primera vez que la había oído mencionar. De haber procedido de otras fuentes habría tomado esos rumores por cuentos de taberna, pero le habían llegado también de la Academia y del Consejo Civil, lo que les daba cierta credibilidad.

Hefestia no estaba preparada para una guerra civil, y mucho menos para contener una invasión a gran escala. Si se daban ambas circunstancias a la vez, como parecía que sería el caso, el conflicto dejaría Atroreth en un estado aún peor que el que se vivió tras la guerra con Radamantis.

Ildo tembló al recordarlo.

La guerra había durado seis años. Ildo ya era un adolescente cuando las fuerzas hefestianas finalmente consiguieron derrotar a las hordas del Rey Necromante; quizás por esa razón los recuerdos seguían estando desagradablemente frescos en su memoria.

Había cosas imposibles de olvidar por mucho que uno lo intentara.

Más de veinte mil soldados atrorethianos perdieron la vida en el campo de batalla, y casi el doble, civiles en su mayoría, cayeron durante los repetidos asedios a la ciudad. Pero las muertes no acabaron ahí. Los cuerpos exhumados por el Rey Necromante, unidos a los de los fallecidos durante los combates, se descomponían en las calles hasta que se podía disponer de ellos.

Había demasiados, y la putrefacción atraía toda clase de alimañas. Con ellas llegaron las enfermedades, que pronto se extendieron por la ciudad como las llamas en un campo de hierba seca; y la escasez de sanadores, la mayoría en el campo de batalla o al servicio de las Casas, hizo que la muerte campase a sus anchas por la ciudad.

Ildo se estremeció al recordar las piras que ardían a diario al otro lado de las murallas. El olor que desprendían era incluso peor que el de los cuerpos en descomposición, porque el aroma a carne quemada repugnaba y a la vez azuzaba el apetito de quienes apenas podían conseguir un triste mendrugo que llevarse a la boca, que era el noventa por ciento de la población. Los ejércitos de Smiertzievitch habían arrasado los campos de cultivo que encontraban a su paso, quemado las granjas y los silos de grano y matado al ganado. Las tropas de no-muertos no necesitaban alimentarse, así que los únicos que sufrían esas pérdidas eran los hefestianos; concretamente los hefestianos pobres.

La comida pronto se convirtió en un artículo de lujo solo accesible a aquellos con dinero o poder. Cerca de veinte mil personas perecieron el primer invierno por culpa del hambre o la enfermedad, la mayoría niños y adolescentes de las zonas menos favorecidas. De no ser por el Duque, Ildo habría sido uno de ellos.

La guerra se había saldado con un total de ciento cincuenta mil muertos. Entre esas bajas y los hefestianos que abandonaron la ciudad huyendo del conflicto, Hefestia perdió casi la mitad de su población en menos de una década, y tardó otras cuatro en recuperarse de ese duro golpe.

Esta vez la cosa sería aún peor.

Esta vez no quedaría nadie para reconstruirla.

Y por si ese no fuese motivo suficiente para plantearse abandonarlo todo, la Inquisición le estaba buscando de nuevo las cosquillas. En su obsesión por lavar su imagen tras el desastre de la Proclamación de Lord Pizcazu, el nuevo –antiguo– Inquisidor Supremo Ártemus Minari había decidido centrar todos sus esfuerzos en la captura de los Inquisidores renegados, los magos oscuros y cuantos traficantes de artefactos pudiesen encontrar; y eso incluía a aquellos que comerciaban en el Mercado Fugaz. De momento la búsqueda del Mercado estaba resultando infructuosa, pero Ildo sabía que esta vez darían con él. Era solo cuestión de tiempo. Después de todo ya había quedado

claro que no costaba demasiado comprar a sus hombres, así que tarde o temprano uno de ellos se iría de la lengua.

Que la Inquisición quisiera acabar con él no resultaba una novedad, desde que tenía memoria los había sentido respirar en su nuca, pero su nueva política de maldecir primero y preguntar después había asustado a muchos de sus clientes, y a no pocos comerciantes, por lo que las ventas en el Mercado se habían resentido. Tampoco ayudaba que cada vez fuese más difícil hallar mercancías con las que comerciar. Los rateros ya no encontraban víctimas entre los pobres incautos que se adentraban en el callejón equivocado, porque los hefestianos no se atrevían a salir a la calle tras la puesta de sol; y los sirvientes habían descubierto que cada vez era más complicado robar objetos de poder a sus amos, quienes ahora los ocultaban tras barreras místicas y hechizos de protección.

Esos bastardos ya habían conseguido dejarle sin beneficios. Si la cosa seguía así, pronto empezaría a perder dinero, y eso era algo a lo que no estaba dispuesto.

Alguien llamó a la puerta, e Ildo sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. No podía pasarse todo el día obsesionado con problemas que no tenían solución. Después de todo tenía un reino que dirigir.

Se enderezó en su silla, tomó un sorbo de su vaso de skurl y respondió.

—Adelante —dijo. Su voz sonó algo más grave y ronca de lo normal, así que aclaró su garganta y repitió la invitación.

—Majestad —le saludó Riorn Varro asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Qué ocurre, Varro? —preguntó Ildo fingiendo estudiar los documentos, aunque notó por el rabillo del ojo que Varro apretaba los labios. Ildo insistía en llamarle por su apellido, el apellido de su padre, algo que el hombre odiaba. A pesar de todo, nunca había protestado. Pese a que podía ver en sus ojos que para él era como recibir un latigazo, Varro jamás se había atrevido a corregirle, e Ildo casi encontraba un morboso placer torturándole de esa forma—. Te he dicho que no me molestaras de no ser imprescindible —añadió con tono irritado.

Varro era su nueva mano derecha. La muerte de Perníobe —estúpida bruja, debería haber aprendido a elegir mejor sus batallas— había dejado un vacío de poder que muchos habían tratado de llenar, pero aquella era una posición que Ildo no habría confiado a cualquiera. Desde luego debía ser ocupada por un

mago poderoso, lo contrario no habría tenido sentido, pero escoger a uno demasiado ambicioso habría supuesto tener que estar mirando constantemente por encima del hombro, e Ildo ya había tenido bastante con Perníobe. Ya estaba demasiado mayor para eso.

Por eso Varro era el candidato perfecto.

Varro le debía mucho. Treinta años atrás, antes de permitir que sus depravaciones salieran a la luz —sacadas, sin duda, por su hermano menor—, Riorn Varro era el primogénito y heredero de la casa Gérkal. Su prometedor futuro quedó truncado cuando su familia descubrió que sus desviaciones eran demasiado horribles incluso para los estándares hefestianos, y su padre renegó de él, arrebatándole el apellido y dejándole en la calle, cargado de deudas y repudiado por todos. De no ser por Ildo, el joven seguramente habría acabado tirado en una zanja, probablemente descuartizado o castrado, como las víctimas de sus degenerados vicios.

Ildo odiaba a su nueva mano derecha, aunque eso no era una novedad. También había odiado a Perníobe, aunque por razones muy distintas. La bruja se había ganado su desprecio a pulso. La falta de Varro era su mera existencia.

Varro era un hombre atractivo, con buena planta, de rostro agraciado, mandíbula cuadrada y un aire aristocrático en todos sus ademanes. Había cumplido los sesenta, pero su magia le permitía aparentar la mitad de esa edad. Todo en él supuraba nobleza, aunque estaba claro que eso solo era fachada. Por dentro estaba podrido hasta la médula. Para alguien como Ildo, que jamás había sido atractivo ni gallardo ni había tenido éxito con las mujeres, eso habría bastado para despertar su antipatía. Pero además Ildo odiaba a la gente estúpida, y en su opinión arruinar una vida de poder y privilegio por no saber controlar tus más bajos instintos, como había hecho Varro, era de la peor clase de estupidez.

Por suerte para él, Varro servía a sus propósitos, ya que poseía una virtud que le hacía perfecto para el cargo: era un cobarde. Así que, mientras le resultase de utilidad, Ildo seguiría usándole y haciendo la vista gorda cada vez que desapareciera alguna de las huérfanas que pululaban por el Mercado.

—Majestad, hay un Lord aquí que solicita una audiencia con vos —anunció Varro con voz queda sin atreverse a mirarle a los ojos.

—¿De quién se trata? —preguntó Ildo sin querer aparentar demasiado interés.

En lugar de responder Varro se hizo a un lado, y un joven de aspecto enfermizo, con la piel blanquecina y el negro cabello grasiento, entró en el despacho como si fuese de su propiedad. Ildo le reconoció enseguida, y automáticamente se llevó una mano al bolsillo de la túnica.

—Alteza —saludó el joven con una casi inexistente reverencia. Sus labios estaban tensos en lo que pretendía ser una sonrisa, pero su voz destilaba desdén.

El anciano rechinó los dientes. Aquel mocoso no le estaba mostrando el respeto que creía merecer.

—Pelario —respondió el Rey de las Ratas ignorando su título. Como esperaba, el muchacho no tardó en corregirle.

—Ahora soy Lord Orzam. ¿Lo has olvidado, anciano? —su tono era gélido. Eso le arrancó una sonrisa sincera al viejo Rey.

—Lo siento —se disculpó Ildo agitando una mano en el aire de forma distraída—. Mi memoria ya no es lo que era. Uno de los inconvenientes de hacerse mayor —sonrió. Entonces le hizo indicaciones a Varro para que ocupase su lugar a su izquierda, desde donde podría montar guardia—. Dime, Pelario, ¿qué te trae por aquí? —quiso saber—. ¿Necesitas otra maldición? —le pinchó—. ¿O tal vez un filtro de amor? Tengo entendido que tu intención de desposar a una de las leonas Minari no ha salido como pretendías. ¿Necesitas ayuda con eso?

—En realidad —dijo el joven conteniendo su disgusto—, lo que necesito son artefactos de poder. Y tengo entendido que tú posees un arsenal impresionante —añadió quitándose los guantes y guardándolos en un bolsillo de su chaquetón de terciopelo.

—Me halagas —respondió Ildo inclinando ligeramente la cabeza—. Solo soy un triste coleccionista, un simple aficionado. Alguien que aprecia la belleza de la magia artesanal. Pero siéntate, por favor —invitó al joven Lord a ocupar la otra butaca. Pelario no se movió—. Si vamos a hacer negocios, hagámoslos como caballeros.

El joven Lord dejó escapar una risotada despectiva.

—¿Caballeros? —escupió con disgusto—. ¿Te atreves a elevarte a mi altura, viejo?

Ildo acarició la pequeña esfera que guardaba en su bolsillo con la yema de los dedos.

—Mide tus palabras, muchacho. Estás en mi reino. Si vives, es por mi

generosidad.

—Basta ya de tonterías —gruñó Pelario—. Acabemos de una vez con este despropósito —añadió, aunque ya no le miraba a él, sino a algún lugar por encima de su hombro.

Entonces comprendió que estaba mirando a Varro, y todas las alarmas de su cabeza se dispararon a la vez. Por desgracia ya era demasiado tarde. Antes de poder sacar su amuleto sintió el gélido filo de una hoja acariciando su cuello.

Ildo gruñó y se llevó una mano a la garganta. La sangre manaba, caliente y espesa, de la herida, empapando su pecho y salpicando la mesa. Los pergaminos no tardaron en teñirse de rojo. Varro se plantó frente a él. Sus miradas se encontraron. El traidor aún sostenía el cuchillo ensangrentado. En sus labios había una sonrisa satisfecha, y sus ojos navegaban en un océano de locura.

—Varro —trató de gemir el anciano, pero de su boca solo escapó un gorgoteo.

—Mi. Nombre. Es. Riorn —chilló Varro con voz estrangulada descargando una puñalada en el vientre del anciano con cada palabra. Su rostro estaba constreñido. Tenía los dientes apretados, y se había formado espuma en la comisura de sus labios.

—Ya basta, Riorn —le ordenó Pelario.

El hombre salió entonces del trance en el que parecía estar sumido. El cuchillo resbaló de su mano y cayó al suelo. Varro sonrió, recobrando lentamente el aliento y la compostura.

—Viejo estúpido —le dijo al cuerpo sin vida que descansaba ahora tirado sobre el escritorio—. ¿De verdad creías que te dejaríamos vivir? Eres una lacra, un arribista sin poder alguno. La gente como tú no tiene cabida en el nuevo orden de nuestro amo.

—Los artefactos, Riorn —le apremió Pelario rodeando la mesa—. ¿Dónde los escondía el viejo?

Varro le dedicó una última mirada desdeñosa al anciano y se encaminó hacia el armario que había a la izquierda de la mesa, en el lado opuesto al espejo. Al pasar frente a él reaccionó como si hubiese visto algo moverse en el reflejo, pero cuando miró de nuevo solo vio a Lord Orzam registrando los cajones del escritorio.

El armario estaba cerrado. Varro asió el pomo con fuerza y tiró varias veces de él, pero las puertas ni siquiera se sacudieron. Al muy idiota no se le había

ocurrido que podía estar sellado mágicamente.

—Debe tener alguna clase de hechizo de protección —gruñó frustrado.

—¿No decías que el viejo no era capaz de hacer magia? —preguntó Pelario

—No lo sé. Quizás lo hizo Perníobe antes de morir —se encogió de hombros Varro.

Pelario le agarró por las solapas de la chaqueta y lo apartó a un lado. En cuanto se encontró frente al armario alzó ambas manos y agitó varios dedos en el aire para trazar un *táumator* revelador. El muchacho frunció el ceño cuando vio el complejo entramado mágico tejido alrededor del mueble, y se acercó un poco más para estudiarlo con detenimiento. Varro estaba tras él, de espaldas al espejo.

—Esto va a llevarme un rato —dijo Pelario—. Quizás sería mejor que fueses a echar una mano a los demás. Es posible que necesiten ayuda con la Guardia Real.

—¿Y dejar que te lleves tú el mérito de conseguir los artefactos? —replicó Varro—. ¡Ni lo sueñes!

—Vaya, parece que te han crecido las agallas —le susurró alguien al oído. Varro dio un respingo y se volvió hacia la voz, pero allí no había nadie. Al menos no en la habitación con ellos. Pero más allá, en el espejo, alguien le observaba por encima del hombro. Se trataba de un anciano de piel arrugada y aspecto ratonil enfundado en una túnica bordada en hilo de oro manchada de sangre.

—¿Cómo...? —tuvo tiempo de decir antes de que una daga se hundiera en su pecho.

La daga no estaba allí, al menos no en el mundo real. En el reflejo, sin embargo, la empuñadura de marfil parecía incrustada en su torso, y la sostenía la mano de Ildo Toré.

—No puede ser —balbuceó—. Estás muerto.

Las piernas le fallaron, y Varro cayó al suelo como una marioneta a la que han cortado los hilos. Pelario estaba demasiado ocupado tratando de deshacer los hechizos de protección del armario, por lo que no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que el ruido del cuerpo de Varro desplomándose en el suelo le sobresaltó. Por desgracia para él, ya era demasiado tarde. El reflejo de Ildo sostenía el *Ojo de Neptuno* en su otra mano, y el joven Lord se encontró luchando por llevar aire a sus pulmones, que se llenaban lentamente de agua.

—¿De verdad creíais que podríais sorprenderme? —dijo el reflejo de Ildo

—. ¿Qué acabar conmigo sería tan sencillo? Estúpidos. Llevo semanas esperando algo así.

Sonrió y avanzó un paso hacia el espejo.

Pelario había caído al suelo y se aferraba la garganta, arañándose la piel en su afán por respirar. Varro trataba de moverse, pero las fuerzas le estaban abandonando rápidamente. Los años le reclamaban.

—Original, ¿no os parece? —prosiguió Ildo acariciando con un dedo ensangrentado la esquirla de cristal que pendía de una cadena de oro alrededor de su cuello—. Me ha costado una pequeña fortuna, pero debo admitir que vale cada merlín que he pagado por él. Es una lástima que no seas más observador —le dijo a Varro—, o te habrías dado cuenta de que el otro Ildo no llevaba uno igual —añadió señalando el cadáver—. Aunque claro, ¿quién se fija alguna vez en el reflejo de otro hombre?

La mirada de Varro pasó del cuerpo sin vida del Rey de las Ratas al hombre del espejo.

—Es imposible —gruñó—. Te he matado con mis propias manos.

—¿Estás seguro? —preguntó Ildo avanzando otro paso hacia el espejo—. En realidad, solo has matado a mi reflejo. Bueno, no exactamente. Es parte del hechizo. Me permite esconderme en los espejos siempre y cuando alguien se quede fuera ocupando mi lugar. Es una lástima —suspiró—. El pobre Bornos se merecía un final mejor. Pero al fin y al cabo era mi guardaespaldas, y después de que Markin le rompiera los dedos el año pasado ya no me era de utilidad como mago, así que de esta forma ha cumplido su propósito. Más o menos —sonrió con malicia.

—¿Bornos? —titubeó Varro. Su aspecto era cada vez peor. Debía haber envejecido ya más allá de su edad real.

Ildo sonrió, alzó un pie y atravesó el espejo. En cuanto pisó la mullida alfombra de su despacho, el cuerpo que descansaba sobre el escritorio titiló como un espejismo y cambió de aspecto. El cadáver ya no se parecía en nada al hombre a quien Varro había degollado. Ahora pertenecía a un bruto de brazos anchos como jamones y rostro cosido a cicatrices. El reflejo de la daga desapareció del espejo y el arma se materializó en el pecho de Varro.

—Sabía que había un traidor entre mis hombres, aunque nunca habría imaginado que pudieses ser tú —prosiguió Ildo—. No te creía capaz. Pero la amenaza era real, por eso llevo un tiempo escondiéndome en el espejo, a salvo. Mientras tanto, Bornos ocupaba mi lugar aquí fuera. El pobre no tenía

otra opción. El hechizo es una mezcla de *Argolla de Titiritero* y *glamur*; así que, en todos los sentidos, Bornos no era más que un títere. Mi reflejo en el mundo real.

»De lo que no estaba seguro era de si sería capaz de dañaros mientras aún me encontrase ahí dentro —añadió señalando el espejo—. Ha sido una agradable sorpresa —se regodeó. Se sentía tan eufórico por haber engañado a sus atacantes y haber burlado a la muerte que necesitaba restregárselo a alguien. Era una lástima que Pelario ya se hubiese ahogado; maldito pomposo arrogante que se creía mejor que él solo por haber nacido con un apellido ilustre. Ildo le había enseñado quién era mejor; quién era el más astuto.

—Por cierto, debo darte las gracias, Varro. Tu traición era la pieza que necesitaba para completar el ritual de la *Daga de Chariotte*.

Varro apretó los dientes. Un par de lágrimas gemelas resbalaron por su rostro.

—Mírame —le ordenó Ildo. El hombre abrió los ojos, y la sorpresa que vio en ellos le hizo sonreír—. Sí —siseó el Rey—. Por fin lo entiendes. Tu vida es ahora mía. Todos los años que aún te quedaban por vivir me pertenecen. —Ildo se acercó a Varro y se arrodilló junto a él—. ¿Puedes notarlo? —le preguntó al oído—. ¿Sientes cómo te abandonan?

—Maldito bastardo —sollozó Varro alzando una mano esquelética. El hombre trataba de contener, sin demasiado éxito, lágrimas de rabia. O tal vez eran de dolor. Su cuerpo ya debía estar empezando a fallar.

Ildo sonreía como un niño. En realidad, se sentía como uno. Los dolores que llevaban tiempo acompañándole como fieles escuderos se habían esfumado, y sus articulaciones estaban más flexibles de lo que habría creído posible. Solo por el placer de hacerlo, flexionó las rodillas y botó un par de veces sobre las puntas de los pies. Casi se le escapó una risita.

Las leyendas sobre la *Daga de Chariotte* eran ciertas, por eso Smiertzievitch había conservado su juventud pese a que se decía que su auténtica edad rondaba los cinco siglos. Y el ritual no se equivocaba: la daga debía ser clavada a traición en alguien que le hubiese traicionado antes a él. Eso le arrebataría la victoria y la vida a su enemigo para entregárselas a él.

Varro exhaló su último aliento cuando el peso de la edad se hizo insoportable. Ildo arrancó la daga de su pecho, se puso en pie y se volvió hacia el espejo. Su reflejo era distinto al que le había devuelto la última vez que se había mirado en él. Su rostro seguía siendo ligeramente ratonil, con

una nariz extremadamente afilada y unas orejas demasiado grandes, y su cuerpo todavía era delgado y nudoso. Pero ahí acababan las similitudes. Su cabello era de nuevo abundante, negro y frondoso, las manchas de su cara y sus manos habían desaparecido, y su piel era ahora tersa y tan lisa como la de un adolescente. El hombre que le devolvía la mirada con ojos vivos e inteligentes no debía tener más de treinta o treinta y cinco años.

Quizás las cosas no le iban a ir tan mal, después de todo.

Desde el pasillo le llegó la inconfundible sinfonía de un combate, el canto del metal contra el metal unido a los gruñidos ininteligibles de los soldados. Seguramente Pelario habría venido acompañado por un puñado de hombres de su guardia personal. Quizás alguno de ellos habría trabajado para él en el pasado; con su suerte, era más que probable. Fuera como fuese, los hombres del joven Lord se las habían arreglado para hacer retroceder a la Guardia Real hasta sus aposentos, cortando cualquier posible ruta de escape del palacio.

El anillo de su meñique derecho brilló cuando asió el pomo de la puerta del armario en el que hasta hacía poco había guardado sus tesoros, haciendo que el hechizo de protección se desvaneciera. Sus cosas ya no se encontraban allí. Ildo había previsto que tarde o temprano alguien intentaría arrebatarse su colección, por lo que la había trasladado a un lugar seguro. Ahora solo quedaba allí un objeto, una pequeña urna de barro cocido de aspecto tosco. Era del tamaño aproximado de una naranja, sin más adornos que un puñado de símbolos labrados alrededor de su superficie.

La urna estaba ligada a los túneles del Mercado. Mientras estuviese intacta estos contendrían las aguas del Murgón, pero sin esa magia el río invadiría su reino subterráneo.

—Esperaba no tener que volver a usarla —suspiró acariciando las runas grabadas en el objeto. Por desgracia ya era demasiado tarde para lamentarse. Ya había perdido el Mercado. Ahora solo debía asegurarse de que nadie más le sacara provecho.

Ildo dejó caer la urna al suelo. El objeto estalló en mil pedazos, y al hacerlo acabó con el hechizo ligado a él. Un ensordecedor bramido parecido al rugido del trueno se extendió por el interior del laberinto de túneles del Mercado. El agua ya debía haber inundado la galería principal, y no tardaría en alcanzar el palacio.

Había llegado el momento de marcharse.

Cuando sacó de otro bolsillo de su túnica el pequeño amuleto de madera

con forma de conejo, Ildo dedicó un pensamiento a su gente: a los cortesanos, a la Guardia Real y a los pocos comerciantes, estraperlistas y huérfanos que habían construido sus refugios en el Mercado y que, para su desgracia, no sobrevivirían a la riada. Fue un pensamiento breve, casi de pasada. Al fin y al cabo, él había sido uno de ellos. Pero sus muertes no pesarían sobre su conciencia. Deberían haber sido más listos y haberse marchado cuando aún estaban a tiempo. Quizás en el futuro dedicaría unos minutos a lamentar su pérdida, pero ahora tenía otras preocupaciones.

Ildo se acercó el amuleto a los labios, susurró el encantamiento que desataba su poder y desapareció en un estallido de luz blanca.

La araña

Los dolores despertaron a Lady Siona Camerelis poco antes del alba. Uno creería que a estas alturas ya se habría acostumbrado a ellos, pero cada mañana la sorprendían como si se tratase de algo inesperado. Quizás eso se debiera a que su artritis seguía empeorando. Los sanadores ya le habían advertido que eso ocurriría, que era inevitable. No existía ningún remedio para su dolencia, solo paliativos. La única alternativa real que le habían ofrecido para hacer desaparecer los síntomas era un hechizo de rejuvenecimiento, pero ella se había negado; no porque no poseyese los medios económicos o el poder mágico suficientes para hacerse con uno, sino porque no quería aparentar menos edad de la que tenía en realidad.

Nunca había entendido la obsesión de algunos por la apariencia. Siona conocía a mujeres –y a hombres– que no salían de sus casas sin vestir un *glamur*, o que habían invertido cantidades obscenas de dinero en hechizos que les permitieran recuperar su juventud perdida. Idiotas presuntuosos y superficiales, eso es lo que eran. Ella nunca había empleado la magia para alterar su aspecto, no lo consideraba necesario, quizás porque, a diferencia de la mayoría, no veía el envejecer como una debilidad. Que el resto lo hiciera, sin embargo, le resultaba útil. La gente no desconfiaba de una anciana de aspecto desvalido. Además, asociar un rostro plagado de arrugas con una mayor sabiduría debía estar profundamente enraizado en el subconsciente humano, porque Siona había descubierto que mujeres de su misma edad –e

incluso mayores—, acostumbradas a verse mucho más jóvenes en sus espejos, buscaban a menudo el consejo de la anciana Lady Camerelis.

Y no había oído más receptivo que el de una mujer necesitada de consejo.

Lady Camerelis había convertido esa supuesta debilidad en un arma, y lo mejor de todo era que nadie parecía haberse dado cuenta.

Así que aquel momentáneo dolor era un pequeño precio a pagar por semejante ventaja en el Juego de las Casas.

Siona se incorporó sobre la cama y, con mucho más esfuerzo del que habría deseado, alzó sus dedos artríticos y empezó a trazar el complejo *táumator* que tan bien conocía. Los movimientos eran tan familiares que ni siquiera tenía que pensar en ellos, simplemente dejaba que sus manos danzaran en el aire trazando los símbolos de forma mecánica. A pesar de que el hechizo solo consumía una fracción de su poder, de ahí que debiese repetirlo todos los días, completarlo le suponía un esfuerzo considerable. Sus articulaciones ya no respondían con la agilidad de antes, y descargaban agujonazos de dolor con cada movimiento.

Quizás a la larga debería plantearse imbuir el hechizo en un artefacto. Si pudiese ligar esa magia a un objeto no tendría que molestarse en prepararla todas las mañanas. Por desgracia esa era una tarea que no podía hacer ella sola, ni siquiera con todo su poder. Y tampoco podía delegarla en cualquiera. Solo un puñado de personas conocía la *Bendición de Hera*, el complejo y delicado hechizo que le permitía devolver a su cuerpo la salud y la vitalidad de alguien con la mitad de su edad sin alterar su aspecto exterior, así que no podía dejar que un advenedizo cualquiera trastease con él. Necesitaba a alguien con amplios conocimientos de lo arcano, alguien que dominase el arte de crear objetos imbuidos. Necesitaba un Génitor. Por desgracia los Génitor eran escasos, y los pocos a los que Siona conocía no le parecían de fiar.

No por primera vez se arrepintió de no haber profundizado en sus estudios tras pasar por la Academia. Varios de sus profesores habían notado que tenía potencial para convertirse en Génitor, y la habían animado a hacerlo. Por desgracia sus padres tenían otros planes para ella, planes que incluían su matrimonio con el heredero de una gran Casa; y todo el mundo sabía que la esposa de un Jerarca no necesitaba más conocimientos que los que recibía en la Academia. Una de las pocas cosas de las que Siona se arrepentía era de no haber proseguido igualmente con sus estudios, aunque hubiese tenido que

hacerlo a escondidas de su familia. Las cosas habrían sido muy diferentes de no haber hecho caso a sus padres.

El *táumator* centelleó unos segundos antes de desaparecer, y la habitación volvió a quedar sumida en la penumbra. Su mayordomo Visinio debía haberlo visto, porque no tardó en abrir la puerta.

Lady Camerelis ya estaba sentada en la cama cuando el mayordomo abrió las cortinas. Las punzadas en sus miembros eran apenas un eco que se iba desvaneciendo lentamente, y sus dedos se estaban relajando, su anterior rigidez solo un vago recuerdo. Cuando Visinio se acercó a la cama con el batín, ella ya se había puesto en pie.

—Buenos días, Milady —la saludó mientras la ayudaba a vestirse—. ¿El desayuno en el jardín, como de costumbre?

—Solo un té —respondió ella—. Y lo tomaré aquí. Me temo que esta mañana tengo un compromiso ineludible —añadió con un pesado suspiro.

No le apetecía tener que almorzar con Lady Moratti y aguantar sus lloriqueos, pero necesitaba tenerla distraída hasta que se hubiese ultimado el enlace entre la joven Garadio y el heredero de los Irana. Lady Moratti pretendía casar a su primogénito con la muchacha, y eso habría sido un inconveniente para los planes de Siona. Además, ya había rechazado su invitación en dos ocasiones, y no podía permitirse hacerlo una tercera.

—Envíame a Yanna con el vestido de terciopelo verde —le pidió a Visinio—. Y dile al cochero que esté listo para partir en veinte minutos.

Visinio asintió con una reverencia y se marchó con sus instrucciones.

Cuando Yanna llegó poco después con la prenda, Lady Camerelis ya se había aseado. Habría preferido vestirse ella sola, seguramente así habría tardado menos. Yanna creía que su señora estaba delicada y se tomaba su tiempo. Pero el vestido era complejo y se abotonaba por detrás, por lo que necesitaba su ayuda.

La criada no sabía lo de la *Bendición de Hera*. Las lealtades de los sirvientes se compraban y vendían con facilidad, ella misma recibía informes regulares de unas cuantas doncellas empleadas en Casas rivales, así que no iba a arriesgarse a que una de las suyas contase más de lo que ella quería que se supiera.

En realidad, ni siquiera su familia estaba al corriente de su secreto. Visinio era el único que lo conocía, y Siona sabía que jamás la traicionaría. Su lealtad no procedía solo de haber pasado casi cuatro décadas a su servicio, sino

también de los sentimientos del hombre, que no habían cambiado a pesar del tiempo transcurrido desde que habían sido amantes. Visinio seguía enamorado de su señora. Y pese a que ella no sentía lo mismo por él, era algo que seguía alimentando porque podía usarlo en su favor.

El cochero arrancó cuando Lady Camerelis hubo cerrado las cortinas y se hubo acomodado en su asiento. La incesante cháchara de Lady Moratti le había dado dolor de cabeza, y la oscuridad ayudaba.

Por suerte el almuerzo no había resultado ser tan infructuoso como ella había temido en un principio. Sí, era cierto que Lady Moratti había lloriqueado hasta cansarla, pero entre penuria y penuria había dejado escapar ciertos detalles que Siona no conocía y que la habían ayudado a despejar unas cuantas incógnitas.

Una de ellas era la de quién sería el primero en abandonar Hefestia con el rabo entre las piernas. Si Lady Moratti estaba en lo cierto, ese dudoso honor le correspondía a los Alierto.

Lady Moratti no se lo había dicho con esas palabras, probablemente la idea ni siquiera le habría pasado por la cabeza, pero le había mencionado que Lady Alierto no había podado todavía sus preciados rosales, y dado lo enamorada que estaba la mujer de sus galardonadas rosas, eso resultaba extraño. Ese hecho aislado no habría sido trascendente, pero Siona sabía, además, que sus dos hijos habían solicitado una excedencia en la Academia, y que su esposo había estado trasladando algunas de sus inversiones a Bezantia.

Conocía a Rumaro Alierto desde que era un mocoso obsesionado con mirar bajo las faldas de las niñas, y sabía de qué pasta estaba hecho. Por eso no le sorprendía que hubiese decidido poner distancia entre su familia y el enrarecido clima de Hefestia.

Siona había interrogado a su hermano Ártemus tras el incidente en la mansión Pizcazu. Había sospechado que había algo más tras el ataque de aquellas criaturas –la implicación de su nuera Libitina, sin ir más lejos–, y él se lo había confirmado. Desde que había recuperado su cargo de Inquisidor Supremo, Ártemus le tenía el pulso bien tomado a la ciudad, y sabía lo que se estaba cocinando en todo momento. O al menos la mayor parte del tiempo. Siona tomó nota mental de que debía mencionarle sus sospechas sobre los

Alierto. Quizás fuesen los primeros, pero sin duda no serían los únicos que tratarían de huir.

En aquellos momentos la situación en Hefestia podía compararse con la de un barco a punto de zozobrar. Las ratas eran las primeras en abandonarlo. Aunque, si Ártemus tenía razón, huir no serviría de nada. Si ese tal Korro'th decidía invadirles, y era bastante probable que eso acabase ocurriendo, no habría lugar donde esconderse.

Aquellos que aún permanecían a bordo se dividían en tres grupos: los que no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo, que era la mayoría de la población; los que sabían lo que se aproximaba y habían decidido hacer algo al respecto, como los Alierto, los Minari, los Sarano o su propia familia, los Camerelis; y los que habían elegido ignorar que la nave se hundía e insistían en preocuparse por los asuntos equivocados. Ese último grupo estaba formado casi exclusivamente por los miembros de las Casas.

Siona sabía que algunos de ellos tenían el discernimiento de una coliflor, ahí no había mucho que hacer, pero no todos eran tan obtusos como pretendían hacer creer a sus enemigos. A pesar de todo, se negaban a admitir que allí había mucho más de lo que se veía a simple vista, que aquel ataque no había sido, como muchos parecían creer, parte del Juego.

Su sobrino Elicarion había tratado de advertirles, pero como solía ocurrir con los hombres, o no escuchaban o escuchaban solo lo que les interesaba oír. Al fin y al cabo, la advertencia provenía de alguien cuya esposa había estado implicada en los ataques y cuya recién descubierta bastarda había sido secuestrada por los demonios. Mientras los Jerarcas creyeran que eso no les afectaba directamente, que Elicarion Minari era el único que tenía algo que perder, seguirían comportándose como ostras, escondiéndose bajo la arena de su bendita ignorancia.

Como siempre, los hombres no veían más allá de sus propias narices, y se negaban a aceptar la idea de un conquistador de otro mundo. Para ellos solo existía el Juego, y estaban convencidos de que todo lo que había ocurrido formaba parte de una compleja estrategia.

Hatajo de idiotas obstinados. ¿Por qué eran tan cortos de vista?

En el fondo podía entenderles.

Ya había ocurrido algo parecido con anterioridad: unas cuantas Casas menores se unían para acumular poder y, o bien se deshacían de sus enemigos, o se las arreglaban para hacer escalar la tensión entre familias

enfrentadas hasta desatar un conflicto que las debilitase y las dejase listas para ser canibalizadas. Artimañas como esa no eran frecuentes, pero ocurrían, y solían saldarse con la desaparición de alguna de las Casas, como en este caso. El problema era que dejaba a las demás en un perpetuo estado de alerta.

Quizás fuese cierto que tres Casas –los Berudia, los Tarkón y los Barlantras– habían caído cuando sus Jerarcas habían sido encerrados en Charnok por su implicación en los ataques, y que la tensión que había generado aquella situación era tan inestable como el hechizo de un aprendiz; pero las raíces del conflicto no se encontraban en el Juego, como todos se empeñaban en creer. Los detenidos no habían sido los artífices de aquella maniobra, sino simples peones al servicio de alguien más, alguien que estaba consiguiendo precisamente lo que se había propuesto: crear una situación que, de no ser controlada, desembocaría en una guerra civil.

La caída de esas tres Casas ya había desatado un enfrentamiento abierto por hacerse con sus riquezas, y eso había hecho escalar las tensiones rápidamente. Añadir a eso las recientes desapariciones de unos cuantos miembros de distintas familias –que los Jerarcas, tan paranoicos como siempre, achacaban a la guerra sucia– solo empeoraba las cosas.

La realidad tras esas desapariciones, sin embargo, era muy distinta. Su nieto Triano le había contado que había visto a un puñado de los desaparecidos en la reunión del traidor Molokai, y era más que probable que hubiesen decidido huir para no correr la misma suerte que sus compañeros. En cuanto al resto, Siona creía que también formaban parte del complot, aunque hasta el momento había sido imposible relacionarlos con los renegados.

Para acabar de empeorar las cosas, unos pocos habían decidido aprovechar el caos reinante para saldar viejas rencillas, y a las desapariciones había que añadir ya media docena de ataques y otras tantas muertes sospechosas. Pero Siona no estaba tan segura de que todas fuesen muertes por conveniencia; algunas casi parecían diseñadas para sacudir aún más los cimientos de las Casas, y sospechaba que podían formar parte de los planes de su verdadero enemigo.

Ártemus le había hablado de él, del conquistador de mundos, y de su intención de invadirles. Tendría sentido que un adversario así, que además había conseguido apoyo –e información– entre su gente, se propusiera debilitarles antes de enviar a sus ejércitos. Un enemigo dividido y diezmado sería más fácil de conquistar.

Lo único positivo de aquella situación era que todo el mundo había decidido armarse para un conflicto. Los Jerarcas habían fortificado sus mansiones, engordado sus ejércitos y hecho acopio de artefactos imbuidos. Si Siona conseguía impedir que se desatara una guerra abierta entre las Casas, eso les sería de mucha utilidad en el futuro. Pero para eso primero debía abrirles los ojos y empujarles en la dirección correcta. O eso, o meterles el miedo en el cuerpo. Por suerte sabía cómo hacer ambas cosas.

Después de todo, en eso consistía el Juego.

Por eso había empezado a esparcir rumores entre las otras damas. A Lady Coriander le había hablado de lo preocupado que estaba su hermano Ártemus por la existencia de traidores en la Inquisición, y que temía que aún pudiese quedar alguno oculto en sus filas. También se le escapó que la Inquisición había encontrado pruebas de nigromancia en las mazmorras de Charnok, y que creía que podían estar relacionadas con Radamantis.

Si bien todo lo que le había contado era cierto, no era toda la verdad. A Siona no le interesaba la verdad. Era mucho mejor manipular los hechos para que se ajustaran a sus propósitos. Si conocía bien a sus congéneres, en pocos días los rumores se habrían propagado como hiedra venenosa, creciendo y haciéndose cada vez más grandes.

A Lady Gérkal le había dicho que su nieto Triano le había contado que los demonios que habían atacado la noche de la Proclamación de Lord Pizcazu habían sido invocados por un grupo de nigromantes. La simple mención de nigromantes despertaba desagradables recuerdos de la guerra en aquellos que la habían vivido, y Lady Gérkal era una de ellos.

Con Lady Dulady discutió sobre los ataques demoniacos que se producían casi a diario en la ciudad, y le confesó que temía que tarde o temprano alguna de esas criaturas pudiese colarse en una de las mansiones. Siona sufría por la seguridad de su familia, porque no todo el mundo tenía la suerte de vivir a doscientas varas del suelo, y le indignaba que el Consejo Civil no hubiese hecho nada para proteger a sus conciudadanos. Que Lady Dulady fuese la madre de uno de sus miembros tuvo mucho que ver en la elección de sus palabras.

Siona no entendía por qué el Consejo Civil aún no se había pronunciado. Estaba claro que los Jerarcas estaban haciendo lo de siempre: ignorar los problemas hasta que estos les estallaban en la cara. ¡Cuántas Casas ahora desaparecidas habían cometido ese mismo error! Pero los gobernantes de la

ciudad no eran tan obtusos. Ya sabían lo que se acercaba, Ártemus les había informado de todo; así que, ¿por qué no habían hecho nada todavía? Deberían haber empezado a movilizar a la población, a prepararla para la invasión.

Si todo iba como ella había planeado, antes del final de la semana al Consejo Civil no le quedaría más remedio que tomar cartas en el asunto, y no tardarían en reunirse con el Gran Archimago para empezar a diseñar una estrategia de defensa. Solo esperaba que contasen también con Ártemus. Era momento de olvidar viejas rencillas y de empezar a trabajar juntos con un objetivo común: la supervivencia de Hefestia, y quizás del mundo entero.

Si de ella dependiera, incluiría también a Dagg en esos planes. El cazademonios era quien mejor informado estaba sobre la invasión, y ya había demostrado ser capaz de manejar a esas criaturas. Montar una defensa sin contar con él sería poco inteligente.

Debía recordar mencionárselo también a su hermano.

Por desgracia convencer a los Jerarcas estaba resultando bastante más complicado. Los muy cabezotas estaban demasiado ocupados espionando a sus rivales, estableciendo alianzas y planeando su siguiente movimiento para prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Por eso Siona había decidido utilizar a Lady Moratti para agitar un poco más el avispero.

Esa misma mañana le había confesado lo angustiada que estaba por sus nietas a causa de los rumores relacionados con el secuestro de la bastarda de Elicarión. Por supuesto Lady Moratti no sabía nada sobre esos rumores, y le suplicó que se los contara. Siona le había explicado entonces que la Brigada Demoniaca creía que la joven Minari solo había sido la primera, que los demonios pretendían llevarse a más muchachas porque necesitaban a veinte de ellas para un ritual de sangre. La mentira era tan burda que había temido que Lady Moratti no se la tragaría, pero se equivocaba. Su reacción fue de lo más elocuente.

A la hora del té, en los salones de las Casas no se hablaría de otra cosa.

Lady Camerelis suspiró y se arrellanó en su asiento.

Rumores, mentiras y medias verdades. Esas eran sus armas.

Las cosas serían muy distintas de haber nacido hombre.

Ser mujer en un patriarcado como Atroeth no ofrecía demasiadas oportunidades. Y si encima era, como ella, una mujer de fuertes convicciones y carácter aún más fuerte, la cosa se complicaba todavía más. Al menos Siona se había casado bien. Su madre no podía haber escogido un marido mejor.

Curio Camerelis era perfecto: respetable, de buena familia, con un patrimonio importante y bastante agradable a la vista. Y lo mejor de todo: era un negado para los negocios y la política, y estaba acostumbrado a que otros tomaran las decisiones por él. Gracias a eso Siona se había hecho con las riendas de los negocios familiares y los había controlado desde las sombras.

Otras habían tenido menos suerte que ella y con el tiempo habían ido perdiendo las ganas de luchar, y unas pocas habían tratado de imitarla, aunque con más o menos fortuna y resultados irregulares. Una de ellas había sido Libitina Minari, la esposa de su sobrino. Siona nunca había estado en contra de la ambición, al fin y al cabo sin ella no habría llegado donde se encontraba; pero existían distintos tipos de ambición, y la de Libitina era de la peor clase. Nunca había entendido por qué Ártemus había aceptado casarla con su hijo. De haber escuchado entonces sus argumentos quizás se habrían ahorrado unos cuantos quebraderos de cabeza, y no pocos sufrimientos.

Pensar en lo que estarían pasando en aquel momento la pobre Brígida y el zopenco de su hermano le partía el corazón. Pobres chiquillos. Siona solo esperaba que haber sido educados por esa bruja no acabase de estropearlos del todo. Si uno de ellos salía de esta sin convertirse en un nigromante, como su madre, sería un milagro.

¿Por qué demonios su familia se empeñaba en darle tantos quebraderos de cabeza?

La noche estaba discurriendo con toda la normalidad que habría cabido esperar. Nadie había intentado apuñalar a nadie; al menos, no todavía. Siona había decidido en el último momento acudir a la ópera, no porque le interesase la obra, sino porque quería analizar el ambiente durante los descansos, cuando la élite hefestiana se reuniera en los salones del teatro.

Había llegado el momento de descubrir si Lady Moratti había cumplido su propósito.

Durante la mayor parte del intermedio Siona estuvo deambulando por los salones con una copa de vino espumoso en la mano y una sonrisa en los labios. Saludaba a todo aquel que encontraba a su paso como una anfitriona agasajando a sus invitados, y todos parecían tener algo que contarle.

Había muchos temas de conversación, la mayoría relacionados con el Juego, pero Siona escuchó un par de tópicos recurrentes, especialmente entre las damas. En un corro, un grupo de matronas discutía sobre la guerra contra

Radamantis. Siona no supo si hablaban del pasado o del futuro, pero no importaba. Hablaban de ello. En otro oyó decir que la Inquisición había capturado a un no-muerto en la ciudad, y que creían que podía ser un agente del Rey Necromante. Siona no sabía nada de la captura de un no-muerto. Quizás alguien había embellecido su historia. ¿Por qué no se le habría ocurrido a ella?

Lady Moratti no la decepcionó. La historia sobre un ritual de sangre que involucraba a cien doncellas ya estaba circulando como el vino en una fiesta bizantina, y la alarma había empezado a cundir. Aquello casi le arrancó una sonrisa, que tuvo que disimular para no despertar recelos.

“Bien”, se dijo. “Un par de días más y los Jerarcas no podrán seguir ignorándolo”.

Estaba escuchando las protestas de Lady Marano, que afirmaba no entender por qué el Consejo Civil no estaba haciendo nada para protegerles, cuando vio a Lady Alierto sentada en el extremo opuesto de la sala en compañía de su hija, su hermana y sus dos sobrinas. Las mujeres hablaban en voz baja, pero por el modo en que gesticulaban estaba claro que discutían. Siona estaba decidida a comprobar si sus suposiciones eran acertadas, por lo que fue acercándose lentamente hasta ellas en su ronda de saludos.

Lord Gamurro y su acompañante, un muchachito al que triplicaba en edad y al que presentó como su sobrino, eran quienes se encontraban más cerca, por lo que Siona decidió prolongar su charla con el anciano más allá del cordial intercambio de saludos. Seguir dos conversaciones a la vez era una habilidad de la que se sentía especialmente orgullosa y que le había resultado muy útil en el pasado, y gracias a ella pudo escuchar lo que las mujeres estaban discutiendo por encima incluso de la cháchara de Lord Gamurro.

—... puede ayudaros —le estaba diciendo Lady Alierto a su hermana, que no parecía demasiado convencida. Las tres niñas las ignoraban, concentradas en su propia conversación.

—Pero tendríamos que abandonarlo todo —protestó la otra. Las mujeres hablaban en voz queda, pero a pesar de todo Siona podía oírlas con claridad. Era una ventaja que la mayoría de los presentes creyera —con algo de ayuda— que la anciana Lady Camerelis era un poco dura de oído, porque eso le permitía fisgonear sin llamar la atención.

—¿Te preocupan más tus posesiones que la vida de tus hijas? —le echó en cara Lady Alierto a su hermana.

—Pues claro que no. Pero no podemos irnos así, sin más —replicó ella mirando en derredor—. Toda nuestra vida está aquí, en Hefestia. La casa, los negocios... —empezó a enumerar, pero su voz se fue apagando.

Siona sonrió. Había acertado. Los Alierto no solo se preparaban para marcharse, sino que al parecer tenían intención de llevarse a toda su familia con ellos. En otras circunstancias esa habría sido una decisión inteligente.

—Lameia se viene con nosotros —prosiguió Lady Alierto. El nombre le resultaba familiar. ¿No se llamaba así su otra sobrina, la hija de su hermano?—. Y Jassay y Polonia se nos unirán en un par de semanas. Si quieres podemos llevarnos también a las niñas.

—A Medeo no le va a gustar. No se cree los rumores de una guerra contra Radamantis. Dice que son parte de una maniobra de las grandes Casas para quitar de en medio a unas cuantas de las menores.

Eso no resultaba tan descabellado como pudiera parecer. No sería la primera vez que las Casas más poderosas utilizaban el engaño y la desinformación para librarse de un puñado de competidores de menor calibre. Pero ese no era el caso.

—No te preocupes por Medeo —la tranquilizó Lady Alierto—. Rumaro ya está hablando con él. Y si tu marido prefiere quedarse en la ciudad, siempre podéis venir tú y las niñas... —le estaba diciendo cuando un extraño cosquilleo en el paladar hizo que Siona perdiese interés en la conversación.

Reconocía aquella sensación. La última vez que había notado algo parecido había sido un mes atrás, durante la fiesta de Proclamación de Lord Pizcazu. Entonces no había sabido lo que era, pero su regusto resultaba ahora inconfundible. Se trataba de magia de sangre, una gran concentración de ella, y estaba a punto de ser desatada.

Su reacción fue automática. Alzó las manos y empezó a trazar símbolos a tal velocidad que sobresaltó a Lord Gamurro y a su acompañante. En un parpadeo el *táumator* estuvo completo, y cuando su luz estalló sobre los presentes, todo se detuvo.

El hechizo para detener el flujo del tiempo era relativamente sencillo, pero muy costoso de sustentar. Mientras Siona decidiese mantenerlo, la magia se iría drenando de su cuerpo a una velocidad vertiginosa. Con un poco de suerte podría aguantarlo durante quince o veinte segundos sin debilitarse demasiado. Esperaba que bastasen. Ya la habían sorprendido una vez, la

noche de la fiesta, y no quería que volviera a ocurrirle de nuevo. Por eso había adquirido aquel hechizo en el mercado negro.

Esta vez sería ella quien jugase con ventaja.

Nadie más parecía haber notado la perturbación mágica. Eso no la sorprendió. Siona era mucho más poderosa de lo que había hecho creer a los demás, y tenía una conexión especial con la magia. No solo podía detectarla; podía sentir sus cambios, su humor. Y ahora percibía una magia colérica cerca de las escaleras.

Alguien se disponía a lanzar un hechizo, y era tan poderoso que podría arrasarlo medio teatro y acabar con gran parte de sus ocupantes.

Siona se puso en marcha, y cuando devolvió el tiempo a su ritmo normal ya había alcanzado la balastrada que se abría sobre la entrada principal del teatro. A la derecha, en las escaleras, a medio camino de la primera planta, vio al hombre del que manaba todo aquel poder. Su aspecto era ordinario: de altura media y edad indeterminada, con el cabello oscuro y el rostro afilado. Lo único fuera de lugar era su mirada enloquecida. El hombre vestía una elegante túnica que no desentonaba en aquel lugar, aunque había algo curioso en su forma de moverse.

Siona buscó sus lentes en el bolso, se las puso y pronunció en voz baja la palabra que liberaba el hechizo que las imbuía. La visión se hizo más clara, y pudo distinguir que el brazo derecho del hombre colgaba flácido, y que enormes goterones de sangre resbalaban por él, salpicando de rojo la moqueta. Se concentró en su rostro, y vio que sus labios se movían lentamente desgranando un extraño cántico apenas perceptible por encima del murmullo de las conversaciones.

Al parecer ella no era la única que lo había visto. Uno de los guardias de la entrada debía haber reparado en él, porque había empezado a subir las escaleras en su dirección. El resto de asistentes, sin embargo, ignoraba aún su presencia.

Siona no era tan estúpida como para tratar de enfrentarse a él ella sola. Quizás tuviese poder suficiente para acabar con él, pero eso habría revelado su secreto mejor guardado, y no quería arriesgarse a hacerlo. Además, el poder combinado de los magos que había en aquella sala habría bastado para reducir el monte Prometeo a gravilla, así que otros podían ocuparse del intruso.

Lo único que debía hacer ella era advertirles del peligro.

—¡Un nigromante! —exclamó alzando la voz y apuntando con un tembloroso dedo al hombre de las escaleras. La reacción fue inmediata. Los recuerdos de las recientes masacres seguían frescos en la memoria de todos los presentes, y una docena de personas se volvieron hacia el lugar que Siona estaba señalando.

El mago oscuro, descubierta su presencia, dejó de lado toda precaución y alzó la voz. Su cántico se elevó, resonando por el suelo y las paredes hasta llenar el edificio. Se trataba de un sonido gutural y rasposo, pero contenía cierta calidad melódica.

Siona volvió a fijarse en el brazo, que ahora se agitaba salpicando sangre a su alrededor. Siguió el curso de las gotas hasta que las vio estrellarse contra la pared, pero en lugar de manchar de rojo el mármol, las gotas se posaron sobre su superficie y empezaron a desplazarse por ella de forma antinatural. Siona pestañeó e incrementó el aumento de sus lentes. Lo que avanzaba por la pared en dirección a los invitados no eran simples gotas de sangre. Eran criaturas esféricas con ocho patitas de quitina roja que centelleaban a la luz de los candelabros, y se movían como si tuviesen voluntad propia.

En menos de un latido un centenar de minúsculas arañas carmesí se extendieron por las escaleras como una plaga, trepando por los escalones en dirección al primer piso y saltando hacia la planta baja. Un pequeño grupo alcanzó al guardia que se había acercado al mago oscuro y empezó a treparle por las piernas. Siona vio al hombre retorcerse de dolor con el rostro distorsionado y los ojos muy abiertos antes de caer al suelo con la mirada vacía.

Aquellas cosas eran letales, y en pocos segundos alcanzarían el salón en el que se concentraba la flor y nata de la alta sociedad hefestiana.

Algunos Jerarcas ya habían alzado las manos y estaban dibujando símbolos en el aire. Siona distinguió una *lluvia de fuego*, un *yunque de Hefesto* y un *eólion*. Por un momento le preocupó que los hechizos pudiesen interferir entre ellos provocando más destrucción de la que pretendían impedir, pero no tenía por qué preocuparse. Aquellos eran magos experimentados, no aprendices de la Academia, así que era poco probable que se repitiera el desastre del Coliseo.

Un rayo brotó de las manos de Lord Flamantis, y Siona lo vio golpear la pared infestada de arañas. El *Yunque de Hefesto* dejó tras de sí un complejo patrón de hollín salpicado por docenas de gotitas rojas que se abrían como

pequeños capullos en las retorcidas ramas de un árbol. Por desgracia aquello no bastó para detenerlas. Las salpicaduras se agitaron, volvieron a crecerles patas y echaron de nuevo a andar.

Con un estallido de luz, pequeñas agujas de fuego se precipitaron sobre la escalera, arrasándolo todo a lo largo de seis o siete escalones. El nigromante pudo esquivarlas, pero donde había estado poco antes la alfombra quedó reducida a ascuas humeantes. Una nube de vapor hediondo fue lo único que quedó de las arañas. Al parecer el fuego podía acabar con ellas, pero era demasiado peligroso para usarlo en aquel lugar. Había demasiadas alfombras, cortinas y moquetas.

El *eólion* de Lord Kratán azotó las escaleras con violencia, obligando al mago oscuro a sujetarse a la barandilla para no ser arrastrado. Las arañas ni siquiera se inmutaron. Sus patitas parecían aferrarse al mármol con la facilidad con la que se enredaban en los rizos de la alfombra. El vendaval consiguió frenarlas momentáneamente, pero no logró detenerlas.

Tras el primer ataque el número de arañas no solo no se había reducido, sino que parecía haberse duplicado, porque el mago seguía sangrando. Siona calculó que habría ya cerca de doscientas. Si no le detenían pronto, no tardarían en alcanzar el millar. Por desgracia los Jerarcas estaban demasiado ocupados poniéndose a salvo para dedicarle un pensamiento al hechicero. Su atención, al igual que la de los guardias de la planta baja, estaba centrada en sus criaturas, que cada vez se encontraban más cerca.

Las primeras habían alcanzado ya el salón, obligando a sus ocupantes a retroceder hacia el extremo opuesto de la sala. El pánico cundió, especialmente entre las damas, y la cosa empeoró cuando, en su afán por alejarse del peligro, empezaron a empujarse los unos a los otros. Siona se encontró atrapada en una masa de cuerpos que amenazaba con arrastrarla lejos del conflicto, y eso era algo que no podía permitir. Afortunadamente, al pasar junto a una de las columnas pudo parapetarse tras ella y dejar que la marea humana siguiese circulando a su alrededor como un riachuelo vadeando un islote.

Varios Lores trataban de frenar el avance de las arañas con muros de aire, roca e incluso agua, pero al no trabajar coordinados dejaban entre ellos pequeñas aberturas que las criaturas aprovechaban para seguir avanzando. Una de ellas debió alcanzar al obeso Lord Krissos, porque Siona lo vio desplomarse con una mano aferrada al pecho.

Otros tres Lores cayeron poco después, y no volvieron a levantarse.

Los gritos de terror se intensificaron, y la masa se apretujó aún más contra las paredes. La columna tras la que se atrincheraba Siona quedó expuesta, por lo que se vio obligada a alzar un muro de aire sólido a su alrededor para protegerse. No quería acabar como uno de aquellos pobres desgraciados.

Aprovechó aquel breve respiro para estudiar al hechicero.

Su cántico llenaba ahora el aire con la fuerza de una tormenta, y de su brazo sangrante seguían naciendo más de aquellas cosas. Estaba claro que mientras siguiese en pie sería un peligro para todos. Pero ¿cómo podía detenerle? Cualquier ataque físico que lanzase contra él podría funcionar, pero también desvelaría su participación; algo que prefería no hacer de no ser absolutamente imprescindible.

Tenía que ser discreta, y para eso debía emplear el sentido común.

No había visto al mago trazar un *táumator*, así que debía estar empleando algún otro tipo de magia. El uso de la sangre como arma, unido al desagradable regusto que percibía en el fondo de su paladar, parecía indicar que se trataba de hemomancia; y por lo que Siona sabía, sus practicantes empleaban salmos para desatar sus hechizos. De ser así, el cántico debía ser lo que transmutaba la sangre, e interrumpirlo debería bastar para acabar con las arañas.

Sabía cómo hacerlo, una *esfera de silencio* bastaría para detener el encantamiento. Pero había un problema: el hechicero se encontraba a unas quince o veinte varas de distancia, por lo que el diámetro de la esfera debería medir al menos cincuenta para asegurarse de que le cubriera por completo. Un hechizo de tal magnitud drenaría su magia en segundos, dejándola indefensa, y nada le garantizaba que fuese a funcionar. Si lo empleaba tendría que confiar en que alguien más se diese cuenta de lo que ocurría y decidiera aprovechar la oportunidad antes de que fuera demasiado tarde.

Era arriesgado, pero valía la pena intentarlo. Solo esperaba no equivocarse, porque si el hechizo no funcionaba quedaría a merced de las arañas.

Su *táumator* centelleó al ser completado, y una explosión de silencio llenó el teatro. Siona vio la sorpresa en los rostros de todos los presentes, aunque ninguno estaba tan desconcertado como el mago oscuro, que miraba en derredor con los ojos muy abiertos. Sus labios seguían moviéndose, pero de ellos no escapaba sonido alguno. Como esperaba, las arañas perdieron cohesión y recuperaron su anterior aspecto.

Siona sentía como la magia abandonaba su cuerpo. No sabía cuánto sería capaz de mantener la burbuja, pero ya había tenido que deshacerse del muro de aire para recuperar parte del poder que había invertido en él, y eso la había dejado expuesta.

“Que alguien reaccione de una puñetera vez”, pensó. Pero cuando echó un vistazo a la sala descubrió que los lores y las damas estaban demasiado perplejos para reaccionar.

Afortunadamente uno de los guardias de la planta baja pareció leerle la mente, porque empezó a subir las escaleras a la carrera con su lanza apuntando al corazón del brujo. El hemomante ni siquiera le vio acercarse. Estaba demasiado ocupado tratando de averiguar por qué su hechizo había dejado de funcionar.

El guardia aún se encontraba a mitad de camino cuando Siona notó que su poder se desvanecía. Debía aguantar un poco más, solo unos segundos, o de lo contrario sus esfuerzos habrían sido en vano. Y la única forma de hacerlo era tomar prestada la magia que alimentaba la *Bendición de Hera* para mantener la *burbuja* un poco más. Esperaba que eso bastase.

El dolor invadió su cuerpo con saña, como si hubiese estado esperando la oportunidad para vengarse de ella por haberlo silenciado, y sus dedos empezaron a retorcerse como ramas viejas. Siona apretó los dientes y se obligó a ignorarlo.

“Solo un poco más”, se azuzó.

La lanza del guardia se hundió en la espalda del mago y asomó casi un palmo por el centro de su pecho. El guardia debía haber aumentado su fuerza mágicamente, porque de otra forma no habría sido capaz de atravesarle. El hechicero tosió, escupió sangre y cayó al suelo sin vida.

Siona sintió que las piernas le fallaban. Por suerte pudo apoyar la espalda contra la columna, y su caída no resultó del todo indecorosa.

Los siguientes minutos fueron caóticos. Un centenar de voces se alzaron a la vez, pero ya no había pánico en ellas, solo preocupación y desconcierto. Alguien se acercó a Siona, aunque no pudo ver de quién se trataba porque le costaba mantener los ojos abiertos.

—¡Lady Camerelis! —exclamó una voz de mujer. Unos dedos se posaron en su cuello buscando su pulso. Siona gimió—. Está viva —informó la dama, aliviada; seguramente para tranquilizar a alguien más.

—Pobrecita —dijo otra con conmiseración—. Se habrá desmayado por la

conmoción.

Fue una suerte que apenas le quedasen fuerzas, de lo contrario Siona se habría reído de su ingenuidad.

Que siguieran tomándola por una anciana desvalida. Mientras tanto, Lady Siona Camerelis seguiría tejiendo su red y tirando sutilmente de los hilos.

El peso de la corona

Pancisto Bretanius alzó la mirada cuando salió del *portal de paso* y estudió el edificio que había frente a él. Lo conocía bien. Cualquiera que hubiese pasado un tiempo en Hefestia habría reconocido el inconfundible perfil de la sede del Consejo Civil; con sus columnas de mármol rosa, sus recargados capiteles y los bajorrelieves tallados en su fachada.

Las escenas mostraban distintos episodios de la historia de la ciudad: las caravanas de los fundadores estableciéndose a orillas del Murgón, la edificación de la ciudadela de la Academia, la caída del Rey Neofonte, el último monarca de Hefestia, o la construcción de la presa de Atlas, entre otras. Pero la que más atraía su atención en aquel momento era la que escenificaba la última batalla de la guerra contra Radamantis, una guerra en la que él mismo había participado.

La imagen destilaba aquel aire glorioso que solía encontrarse a menudo en las representaciones bélicas, tan alejadas de la realidad que apenas hacían justicia a los hechos que pretendían narrar. ¿Dónde estaban los miles de caídos durante los enfrentamientos? ¿Dónde el dolor y el sufrimiento que la guerra había causado? ¿Por qué parecía ensalzar sus virtudes en lugar de condenar sus horrores? Quizás fuese porque aquella escena había sido diseñada por los vencedores décadas después del conflicto, y su propósito era más artístico que informativo. Porque la guerra no era un poema épico o un cuadro heroico. Nadie que hubiese sobrevivido a una la recordaría con el hermoso misticismo con el que estaba plasmada en aquel bajorrelieve.

Quizás por eso estaban condenados a repetir los errores de antaño. Al fin y al cabo los responsables del actual clima de tensión que se respiraba en Hefestia eran demasiado jóvenes para haber vivido en carnes propias las miserias que una guerra traía consigo. Niños estúpidos. Estaban jugando con fuego sin darse cuenta de que todos, incluso ellos mismos, acabarían consumidos por las llamas.

“Y esta vez será mucho peor”, pensó el anciano para sí.

Por eso se encontraba allí. El Consejo Civil había decidido —por fin— sacar sus cabezas de sus culos e involucrarse en la preparación de una estrategia para la defensa de la ciudad.

Al menos eso era lo que esperaba Bretanius.

Nadie le había informado de que esa fuese la razón por la que le habían convocado aquella mañana, pero ¿qué otro motivo podrían tener? Le constaba que el Inquisidor Supremo ya les había puesto al corriente de todo. Las tropas del invasor atacarían tarde o temprano, Bretanius no tenía dudas sobre eso, y era necesario estar preparados para cuando ocurriera. Ya había sido testigo de lo que media docena de criaturas del Señor de la Guerra eran capaces de hacer, del caos y las muertes que podían ocasionar en apenas unos días. Una invasión a gran escala supondría la destrucción de Hefestia y la completa aniquilación de sus habitantes.

Quizás el Consejo había alcanzado finalmente esa conclusión.

Los agentes de la Guardia Hefestiana que custodiaban la puerta del edificio estudiaron a su comitiva. Nicodemus Blastar, a quien Bretanius había nombrado Decano un par de semanas atrás, había insistido en acompañarle pese a no haber sido invitado. Y tras recordarle que el Gran Archimago no debía abandonar la ciudadela sin escolta, había escogido a cuatro miembros de la Guardia Blanca como séquito.

—Si alguien quisiera acabar conmigo, ni la Brigada Démoniaca podría protegerme —le había recordado Bretanius con una sonrisa amarga. Aun así había aceptado su presencia, porque sabía que discutir con Blastar habría sido un ejercicio de futilidad. El profesor de combate mágico era tan o más obstinado que él.

Blastar y la Guardia Blanca le siguieron hasta la segunda planta a pesar de que solo él podría entrar a la sala consistorial. Entrar acompañado de su guardia personal habría sido un insulto, porque habría sugerido que Bretanius no confiaba en la protección del Consejo.

—Es posible que la reunión se prolongue bastante —le dijo a Blastar—. ¿Por qué no regresáis a la Academia? Ya te avisaré cuando acabe, por si sigues sintiendo la necesidad de hacer de niñera.

—Esperaremos aquí —respondió el otro plantando el culo en uno de los bancos de madera que flanqueaban las puertas. Sus hombres se distribuyeron a lo largo del corredor, tomando posiciones cerca de las intersecciones para tener un mayor control de los accesos. Bretanius siempre se había considerado un poco paranoico, pero comparado con Blastar lo suyo era casi candidez.

—Como quieras —se encogió de hombros el Archimago. Entonces se enderezó la túnica, que seguía quedándole demasiado grande pese a haberla encogido ya un par de veces, y se encaminó hacia la puerta.

Bretanius sabía que la culpa no era de la prenda. Era él quien parecía menguar un poco más cada día, y la culpa la tenían los quebraderos de cabeza a los que tenía que enfrentarse a diario en su nuevo cargo. El manto de Gran Archimago era pesado, y estaba consumiendo lentamente su salud y su energía.

En las últimas semanas había perdido tanto peso que ya casi no reconocía su propio reflejo. Sus mejillas seguían siendo sonrosadas, pero ahora parecían hundidas en su rostro bajo los afilados pómulos que antes apenas resultaban visibles. Alrededor de sus ojos las arrugas se veían incluso más profundas que antes, quizás a causa de los dos oscuros círculos que los enmarcaban, producto de sus cada vez más escasas horas de sueño. Incluso su barba y su cabello habían perdido su brillo, y parecían más ralos que antes, aunque tal vez eso último fuese producto de su imaginación.

Bretanius siempre había aspirado a ocupar el puesto de Gran Archimago; no solo por el poder que el cargo le proporcionaría, sino también por el reconocimiento que supondría para él y su familia. Ser elegido como máximo representante de la Academia le devolvería el prestigio a su Casa en declive, y colocaría de nuevo su apellido entre los más influyentes de Hefestia.

Para su sorpresa, tras su actuación durante el ataque a la mansión Pizcazu, algo que sus congéneres habían tomado por valentía cuando en realidad solo había sido simple instinto de supervivencia, el Consejo había decidido escogerle a él para remplazar al cobarde de Zebolan Datro. Bretanius sabía que no lo habían hecho por respeto a su inteligencia o a sus dotes de liderazgo, sino por pura y simple cobardía. Hefestia se hallaba al borde de un

precipicio, cualquier error de juicio podía conducirles al desastre, y nadie quería pasar a la historia por ser la persona que lo cometiera.

De haber sabido entonces lo que supondría el nombramiento en realidad, lo habría rechazado.

Pero ya era demasiado tarde. Ahora se encontraba al frente de una institución débil y fragmentada que había perdido a parte de sus componentes, y con ellos la unidad que la había caracterizado en las últimas décadas. Veintidós Archimagos, entre ellos cuatro miembros del Consejo y doce del cuerpo docente, habían perecido en el último año en los diferentes ataques que había sufrido la ciudad. Y eso no era todo. Las bajas afectaban también a la Guardia Blanca, que había perdido a una decena de sus miembros, y al cuerpo estudiantil. Cerca de una treintena de Aprendices había perdido la vida, y otros tantos habían resultado heridos de gravedad. Algunos padres, incluso, habían empezado a solicitar excedencias para sus hijos, porque ya no confiaban en la protección de la Academia. Por el momento solo habían sido unos pocos, pero Bretanius temía que su número aumentase en las próximas semanas.

Y por si eso no fuese ya bastante malo, la elección de los nuevos miembros del Consejo, escogidos personalmente por él para remplazar a los caídos, no había sentado demasiado bien a los más veteranos, los pertenecientes a la vieja guardia de Datro. Eso había provocado una escisión en el órgano de gobierno de la Academia, y había llevado a Bretanius a tomar una decisión tan controvertida como drástica. Invocando una oscura cláusula incluida en los estatutos del Consejo, y gracias al voto de sus partidarios, Bretanius se había otorgado poderes especiales que le garantizaban, mientras existiese la amenaza de una guerra, un control absoluto del Consejo de Archimagos. La maniobra le había convertido en uno de los hombres más poderosos de Atroreth, pero también en uno de los más odiados; y probablemente en el más atacado por sus detractores. Las opiniones de aquellos que ponían en duda la validez de sus planes o sus intenciones para el futuro de la Academia eran cada vez más hostiles, y amenazaban con acabar con el precario equilibrio en que se encontraban.

Tener que lidiar con esa situación era lo que estaba acabando con su salud.

El sueño de convertirse en Gran Archimago había sido bonito cuando nadie había esperado nada extraordinario de él, pero la cruda realidad le había

golpeado como un martillo. Ahora añoraba aquellos días en los que su única preocupación había sido preparar sus clases y evaluar a los estudiantes.

Bretanius sacudió la cabeza. Ya era demasiado tarde para lamentarse. Y tampoco podía echarse atrás. No cuando finalmente había logrado lo que siempre había deseado. Así que inspiró profundamente, se preparó mentalmente para lo que se le venía encima y abrió la puerta del salón consistorial.

No era la primera vez que entraba en aquella sala, el Consejo Civil le había recibido poco después de haber sido investido en su nuevo cargo, pero entonces no le había parecido tan fría y hostil. Quizás se debiese a la forma en que las miradas de los miembros del Consejo parecían taladrarle. Los siete estaban sentados en torno a la enorme mesa circular que se alzaba en el centro del salón, y todos ellos tenían el mismo gesto hosco.

Había otra persona más en la sala, ocupando una de las otras cinco sillas. Bretanius le reconoció enseguida, y tuvo que obligarse a mantener una expresión neutra para no dejar entrever su desagrado.

—Gran Archimago Bretanius —le saludó el portavoz del Consejo indicándole con una mano que tomara asiento—. Le estábamos esperando.

—Señor portavoz —respondió Pancisto acercándose a la mesa—. Miembros del Consejo —añadió recorriéndolos a todos con la mirada. Sus ojos se detuvieron en el octavo hombre, el único al que no había esperado encontrar allí—. Ártemus —gruñó procurando mantener a raya su desdén.

El Inquisidor le devolvió un breve asentimiento que pretendía ser cordial, pero en sus ojos había la frialdad habitual. Bretanius apretó los dientes con irritación. Desde que había tomado las riendas de la Academia había intentado reunirse con él en varias ocasiones, pero hasta el momento el Inquisidor Supremo se había negado a recibirle. Bretanius sabía por qué lo hacía. El maldito engreído se la tenía jurada. Ni siquiera había acudido a la ceremonia de su nombramiento, y aprovechaba cualquier ocasión para mostrar su desacuerdo por su elección.

En eso, ambos estaban de acuerdo. Tampoco a él le había entusiasmado la idea de que Ártemus volviese a encontrarse al frente de la Inquisición, pero al menos Bretanius había tratado de dejar atrás las viejas rencillas y congraciarse con él por el bien de Hefestia, porque sabía lo importante que era la cooperación para su supervivencia. Se suponía que debían actuar hombro con hombro, que el Inquisidor Supremo y el Gran Archimago debían

ser quienes liderasen las fuerzas encargadas de la defensa de la ciudad. Al fin y al cabo ambos se encontraban a la cabeza de las dos instituciones más poderosas del continente. Sin embargo el estúpido de Ártemus había ignorado todos sus esfuerzos por tender un puente entre ellos.

—Supongo que ya sabrá por qué le hemos convocado —empezó el portavoz cuando Bretanius se hubo acomodado a tres sillas de distancia de Ártemus Minari—. La situación en Hefestia ha empeorado en las últimas semanas, especialmente tras lo ocurrido anoche, y...

—¿Anoche? —le interrumpió Bretanius. La noche anterior había estado encerrado en su despacho hasta bien entrada la madrugada, poniéndose al día con los informes que se habían ido acumulando sobre su mesa, por lo que aquella mañana había dormido casi hasta el mediodía. La convocatoria del consejo había llegado apenas media hora después de haberse levantado, y aún no había tenido tiempo de ponerse al día. Se preguntó si Blastar sabría algo. Seguramente sí. Si había ocurrido algo importante, la noticia ya habría llegado a los mentideros de la Academia, así que, ¿por qué Blastar no le había mencionado nada?

Tendría que preguntárselo más tarde.

—Un hemomante atacó el teatro de la ópera —le explicó Ártemus. Bretanius suspiró.

—¿Cuántos han sido esta vez? —casi temió preguntar.

—Quince en total, entre ellos tres guardias y cuatro Jerarcas.

Bretanius cerró los ojos y sacudió la cabeza. Más miembros de las Casas muertos en otro ataque sin sentido. Era como si los traidores estuviesen escogiendo a sus víctimas entre los magos más poderosos y mejor entrenados para diezmarlos antes de la invasión.

“Magos que han pasado por la Academia”, notó Bretanius. “Los únicos que han recibido entrenamiento en magia de combate”.

—Es una lástima que no hayamos podido hacer nada por evitarlo —dijo finalmente pasando la mirada de un miembro del Consejo a otro. Todos menos uno la apartaron.

—Fue un ataque por sorpresa —protestó el Consejero Dramoleo—. ¿Qué podríamos haber hecho?

—Para empezar, podrían haber puesto en conocimiento de los hefestianos que nos enfrentamos a una invasión. Quizás así el ataque no nos habría pillado por sorpresa —respondió Bretanius con acritud—. Mientras no

convenzamos a los Jerarcas de que la amenaza es real, seguirán creyendo que todo esto forma parte del Juego. Y por desgracia solo podremos lograrlo si presentamos un frente unido. Empeñarnos en mantener viejas enemistades no va a ayudarnos —añadió mirando a Ártemus—. Debemos trabajar juntos.

—Como decía —prosiguió el portavoz rompiendo un silencio que se había prolongado incómodamente—, la situación es cada vez más delicada. No solo nos enfrentamos a una posible guerra civil y a una invasión de otro mundo, sino que al parecer Radamantis también está involucrada.

—¿Radamantis? —se sorprendió Bretanius. Eso no tenía sentido. —
¿Tenemos alguna prueba de que el hemomante estuviese a las órdenes de Smiertzievitch?

—El ataque no es lo único que nos ha hecho sospechar de su participación —le aclaró el portavoz—. La Guardia Hefestiana capturó hace unos días a un radamantio. Un no-muerto. Lo encontraron vagando por las calles de la ciudad.

—¿Un reanimado? ¿Por qué no se me ha informado? —protestó Ártemus irritado. Al parecer el Consejo no lo había considerado oportuno. Eso casi le hizo sonreír.

—Lo estamos haciendo —replicó el portavoz con sequedad.

—¿Dónde se encuentra? Quiero verle.

Por un momento le pareció que el portavoz iba a responder a la insolencia de Ártemus, pero en su lugar hizo un gesto a los guardias de la puerta. Uno de ellos abandonó la sala, y regresó poco después acompañado por otros tres: dos agentes de la Guardia Hefestiana y el no-muerto.

Bretanius observó al reanimado. Se trataba de un hombre delgado, de edad indeterminada, con el cabello cobrizo, la nariz aguileña y los ojos almendrados. Sus exóticos rasgos parecían más bizantinos que radamantios.

Había algo en su rostro que le resultaba familiar, aunque no fue capaz de identificarlo; quizás porque estaba descarnado y macilento.

—No es un radamantio —sorprendió Ártemus a todos los presentes. El Inquisidor Supremo se puso en pie para estudiarlo desde más cerca. La criatura, a la que los guardias sujetaban con gruesas cadenas, se sacudió, emitió un gruñido y chasqueó los dientes cuando Ártemus se aproximó a él —. Es Mikuo Ziraya —dijo al fin—. Uno de los traidores.

Los murmullos estallaron rápidamente por toda la mesa, y por lo que pudo escuchar, nadie más parecía haber visto lo que para él era evidente.

—Han tratado de reclutar a Smiertzievitch para su causa, y no les ha salido bien —musitó. Por primera vez la mirada de Ártemus Minari no le transmitió desprecio, sino algo parecido al respeto. Al parecer el Inquisidor Supremo compartía su opinión.

—Suponía que tarde o temprano lo intentarían —dijo.

—Entonces, ¿los rumores sobre la implicación de Radamantis son falsos? —preguntó el portavoz, confundido. Bretanius se encogió de hombros. No sabía quién habría inventado ese bulo, pero debía ser bastante reciente, porque a él no le había llegado todavía.

—Patrañas sin fundamento —les quitó importancia. Aunque quien las hubiese dispersado les había hecho un favor, porque había conseguido poner en alerta incluso al Consejo Civil—. Está claro que los traidores están tratando de conseguir aliados fuera de Atroreth. Es posible que también lo hayan intentado en Bezantia. Debemos ponernos en marcha antes de que sea demasiado tarde y lo consigan.

Varios miembros del Consejo intercambiaron miradas cargadas de significado. Finalmente el portavoz asintió e indicó a los guardias que se llevaran a Ziraya.

—De ahí esta reunión. Si queremos tener una oportunidad, debemos trabajar juntos.

“Por fin”, suspiró Bretanius; y sintió que un peso desaparecía de sus hombros.

Durante la siguiente hora se hicieron planes y se estudiaron diversas propuestas, algunas más inteligentes que otras. La que más ampollas levantó fue la de Bretanius.

—Solo aquellos que han pasado por la Academia poseen conocimientos de magia ofensiva —expuso—. En ese sentido, la mayor parte de nuestra población resultará inútil en caso de un ataque, como ocurrió en la guerra contra Radamantis. Creo que nuestra primera obligación debería ser entrenar a cuantos sea posible en el arte del combate mágico.

—¡Eso es una locura! —protestó el consejero Ildegard revolviéndose incómodo en su asiento. Bretanius había esperado una reacción parecida. Las Casas habían restringido esas enseñanzas a la Academia, asegurándose así de que el pueblo llano no pudiese acceder a esos conocimientos. A eso había que añadir que el elevado precio de los hechizos de ataque y defensa los hacía inasequibles para el ciudadano de a pie, por lo que en una batalla solo

servirían como carne de cañón; aunque algo le decía que eso no preocupaba demasiado a los Jerarcas—. Si los hefestianos logran dominar la magia de combate, ¿qué les impedirá alzarse contra nosotros en el futuro?

—¿Qué futuro? —le espetó Bretanius—. Si los ataques que hemos sufrido hasta ahora son un ejemplo de lo que las fuerzas invasoras son capaces de hacer, dudo que tengamos uno. No sin la participación de cuantos magos seamos capaces de reunir. Ya habrá tiempo de preocuparse por eso si sobrevivimos a la invasión.

No podía negarse que los miembros del Consejo eran, ante todo, leales a las Casas. Les preocupaba más perder la hegemonía de la que habían disfrutado los últimos siglos que la verdadera amenaza de una guerra. ¿Y qué podía esperar de ellos? La mayoría no eran más que pipiolos. Ninguno había nacido cuando estalló el conflicto, y solo lo conocían por historias de segunda o tercera mano. Pero Bretanius lo recordaba. Recordaba a todos los que habían perecido sin posibilidad de defenderse.

Había que cambiar eso.

—Tal vez deberíamos pedir ayuda —propuso otro de los consejeros—. Si de verdad ese señor de la guerra quiere invadir nuestro mundo, no se detendrá en Hefestia. Quizás deberíamos enviar emisarios a Bezantia, Entrorix, Nubilia y Zhong-guó. Si los traidores lo han hecho, ¿por qué no intentarlo nosotros también? Y puede que sea buena idea incluir también a Radamantis.

—Porque eso les ha funcionado tan bien a los traidores —replicó un tercero.

—Es una opción —admitió Bretanius—, Pero sigo creyendo que es mucho más importante preparar a nuestros conciudadanos.

—Estoy de acuerdo con el Gran Archimago —le sorprendió Ártemus Minari—. Sabemos que aún hay traidores ocultos en las Casas. Puede que incluso los haya en la Academia y en la Inquisición, así que no deberíamos poner todas las manzanas en la misma cesta, o la podredumbre podría extenderse.

—¿Todavía no ha conseguido que los detenidos le den más información? —le preguntó el portavoz. A Bretanius le constaba que tres de los Jerarcas implicados en los ataques se encontraban encerrados en Charnok, y sus espías le habían confirmado que en las últimas semanas los hombres de Ártemus habían podido capturar a un puñado de miembros de las Casas que hasta entonces habían permanecido huidos o desaparecidos.

—Los que aún pueden hablar nos han dado unos pocos nombres, pero puesto que no es posible confirmarlos, porque la noche de la reunión de Molokai muchos iban disfrazados con *glamures*, no hay nada que podamos hacer, aparte de mantenerlos vigilados. En cuanto al resto... bueno, digamos que quien nos facilitó su captura no se preocupó demasiado por dejarlos en condiciones de hablar. Un par de ellos, incluso, están atrapados en una especie de trance del que no hemos sido capaces de sacarlos.

—¿A cuántos tenéis hasta ahora? —quiso saber Bretanius.

—Once en total, sin contar a Berudia, Tarkón y Barlantras —le confirmó Ártemus.

—¿Rangli? —preguntó esperanzado. El Inquisidor sacudió la cabeza. Era una lástima. Le habría gustado tener unas palabras con él. Quizás, incluso, hacerle pagar por la muerte de su tío Casio.

—El último al que hemos capturado es uno de los Herinia. Presto, el más joven. Por desgracia se han ensañado bien con él. Le hemos salvado la vida, pero dudo que pueda volver a andar derecho. Le han roto ambas piernas y ocho dedos de las manos, y luego han vuelto a soldarle los huesos sin recolocarlos antes. Comparado con eso, el brazo dislocado y las cicatrices de la cara casi han sido heridas superficiales.

—Ha sido él, ¿verdad? —Bretanius creía saber quién se encontraba tras esos ataques. No tenía pruebas, pero todo parecía apuntar hacia él. Sin duda buscaba información sobre el paradero de la muchacha.

—¿Lo dudabas? —respondió Ártemus—. ¿Acaso conoces a alguien más que se dedique a cazar a magos renegados? El problema es que parece estar cada vez más fuera de control. Si sigue así no creo que pase mucho tiempo antes de que empiece a matar.

—¿Te sorprende? Ha perdido a alguien a quien ama.

—Todos hemos perdido a alguien —replicó Ártemus con los dientes apretados—. ¿O acaso has olvidado que la muchacha es mi nieta?

—¿Qué te molesta más, Ártemus, que Markin esté haciendo tu trabajo o que lo esté haciendo mejor que tú?

—Lo que me molesta es su comportamiento. Es un maldito egoísta. ¿Acaso no se da cuenta de que lo único que está consiguiendo es que los fugitivos sean aún más difíciles de localizar? Si al menos compartiese la información con nosotros... —suspiró—. Lo poco que hemos podido sacarle a Herinia no nos ha servido de nada. Hemos registrado las direcciones que nos ha

facilitado, pero ha sido una pérdida de tiempo. O Dagg ya ha cazado a los que se ocultaban allí, o les ha hecho huir. No veo como eso nos ayuda en lo más mínimo.

—Vamos a necesitarle —le recordó Bretanius.

—Esa es la única razón por la que no he ordenado aún su captura. Pero si sigue actuando así no me dejará más remedio. Si Suricata sigue entorpeciendo nuestras investigaciones me veré obligado a tomar cartas en el asunto.

La reunión se prolongó durante casi dos horas más, y ni Bretanius ni Ártemus quedaron del todo satisfechos con su resultado. El Consejo había decidido poner en marcha su plan, aunque con reticencia; y le habían impuesto ciertos límites en cuanto al número de ciudadanos que podría reclutar para el entrenamiento. Por suerte esa tarea había caído en sus manos, por lo que podría pasarse las órdenes por el forro de los calzones. Haría lo que creyera más conveniente, y ya pediría disculpas después si lo consideraba necesario.

Tras regresar a la Academia se retiró a su despacho para comer algo y recuperar fuerzas. Las necesitaría para lo que tenía por delante. Había esperado que Blastar le interrogara sobre la reunión, pero quizás el decano había decidido esperar a que fuese él quien le contara todos los pormenores, porque de sus labios no había salido una sola palabra. En cualquier otro momento eso le habría extrañado, pero aquella tarde tenía tantas cosas en la cabeza que esa anomalía le pasó desapercibida.

El despacho seguía igual que cuando lo había ocupado su antecesor, Zebolan Datro. Bretanius había querido hacer reformas, le parecía demasiado ostentoso, pero por el momento no había tiempo para pensar en nimiedades como aquella.

El anciano se dejó caer en su butaca, derrotado, y se frotó el rostro con la mano.

Aquello le venía grande.

La mera logística de abrir las puertas de la Academia al pueblo llano era sobrecogedora. No solo tendría que planificar la selección de candidatos, diseñar un plan de entrenamiento que los preparase para la batalla y reestructurar por completo el cuerpo docente para cubrir todas las necesidades. También tendría que enfrentarse a los padres de sus alumnos,

que no verían con buenos ojos que su elitista Academia aceptase de repente a cualquier mago sin importar su origen o su condición social.

Ya casi podía oír sus quejas.

De repente las paredes del estudio se le hicieron opresivas.

Necesitaba salir de allí.

Se puso en pie, pero en lugar de dirigirse hacia la puerta sus pasos le llevaron hasta el panel secreto que comunicaba su despacho con la sala del *Orbe del conocimiento*.

Las escaleras descendían tres niveles hasta el sótano de la torre, el único lugar de la Academia al que solo podían acceder los miembros del Consejo. Bretanius lanzó el hechizo de desbloqueo y las pesadas puertas de acero se abrieron para él.

La sala era un simple rectángulo de quince por diez, con paredes lisas y sin decorar y un techo que se alzaba casi cinco varas por encima de su cabeza. No había antorchas, ni ventanas. La única luz procedía del objeto que se encontraba en su centro, una esfera de cristal de seis varas de diámetro que descansaba sobre una extrusión de roca. Bretanius se acercó a ella y la acarició con la palma de la mano. Sintió un cosquilleo en el estómago, pero lo achacó al hambre. No había comido nada desde la noche anterior.

En el interior del *Orbe* las luces se estremecieron, y el anciano creyó escuchar una voz susurrarle al oído.

A lo largo de los años Bretanius había visitado aquella sala en infinidad de ocasiones, pero desde que le habían nombrado Gran Archimago lo hacía casi a diario. Sabía que a muchos les enervaba aquel lugar, pero él encontraba el efecto del *Orbe* relajante, por eso se refugiaba allí cuando necesitaba estar a solas con sus pensamientos. El suave murmullo de las almas allí encerradas actuaba como un bálsamo, ayudándole a mantener alejadas las preocupaciones que le acosaban constantemente. En ocasiones, incluso, le parecía reconocer la voz de su viejo amigo Linar.

Linar Martón había sido profesor de la Academia, pero había traicionado las leyes que había jurado proteger al enseñar magia prohibida a uno de sus pupilos. Por ello fue juzgado y condenado, y su alma descansaba ahora en el *Orbe* junto a las de otros traidores como él.

Bretanius quería pensar que él no había sido el responsable de la caída de su amigo, pero no podía negar su participación, así que se sentía culpable por haber privado a Hefestia de la mente y las habilidades de un gran mago. Linar

no solo había sido un erudito, sino que era uno de los guerreros más fieros que había conocido; un hombre leal que, sin lugar a dudas, podría haber llegado a ser el mejor Gran Archimago de la historia de Hefestia. Su único error fue apadrinar a Markin Dagg y patrocinar su entrada en la Academia. Bretanius ya le había advertido que el muchacho le traería problemas, pero él se había negado a creerle.

—Ojalá pudieses darme tu consejo, viejo amigo —musitó—. Tú le conocías bien, sabrías qué es lo que le está pasando por la cabeza.

En el interior de la esfera las luces danzaron siguiendo una exótica coreografía.

—Le necesitamos —prosiguió—. Pero se ha alejado de todo y de todos, y no sé cómo dar con él. Bonaserra dice que no le ha visto en semanas, y ni siquiera la *lorkin* parece conocer sus intenciones. Ojalá estuvieras aquí. Tú sabrías qué hacer.

—Pero no lo está —habló una voz desde las sombras—. Y ambos sabemos de quién es la culpa.

Bretanius miró en derredor, sobresaltado, tratando de localizar a su interlocutor, pero no vio a nadie más en la sala. Solo por si acaso retrocedió y rodeó el *Orbe*. Nada.

—¿Markin? —preguntó tentativamente. Creía haber reconocido su voz.

—Pancisto —respondió la sombra a modo de saludo. Aquella era la primera vez que no lo llamaba “profesor” o se refería a él usando su apellido.

—Te hemos estado buscando —le dijo—. El Consejo Civil...

—Lo sé —le interrumpió Markin—. Estaba allí. Lo he oído todo.

—¿Cómo...? — iba a preguntarle, pero entonces se dio cuenta de que eso era irrelevante. Lo verdaderamente preocupante era que pudiese moverse de aquella forma, sin ser detectado.

—Parece que tenéis un buen plan, pero os hará falta ayuda. Yo no desecharía la idea de buscarla en otros reinos. Y quizás haya llegado el momento de derogar esa estúpida ley que prohíbe enseñar otros tipos de magia en Atroreth, porque vamos a necesitar toda la que seamos capaces de usar.

—A Ártemus no le gustará —opinó Bretanius—. Y el Consejo va a tirarse de los pelos.

—Por mí pueden hacerlo hasta quedarse calvos —se mofó Markin—. Nos enfrentamos a un enemigo distinto a todo lo que hemos visto hasta ahora;

alguien con el conocimiento mágico de cientos de mundos. No podemos permitirnos ser remilgados.

—¿Por eso estás cazando y torturando a sus colaboradores? —le preguntó. El súbito silencio que siguió parecía indicar que la pregunta le había pillado por sorpresa.

—Era... necesario. Necesitaba información. Pero puedes tranquilizar al Consejo. Solo quedan tres traidores en Hefestia. Pronto no quedará ninguno.

—Pareces muy seguro.

Otro silencio. Este fue más locuaz que cualquier respuesta.

Al parecer, no lo estaba.

—Dile a Ártemus que no se interponga en mi camino, o tendremos problemas —dijo al fin—. Oh, y por cierto, teníais razón: Radamantis aún no se ha involucrado en el conflicto. Pero no tardará en hacerlo.

—¿Crees que va a aliarse con nuestros enemigos?

—Todo lo contrario. Va a luchar a nuestro lado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque voy a pedirselo amablemente —concluyó Markin.

A Bretanius le pareció detectar una nota de humor en su voz.

La última Tardicán

El descenso al sótano de aquella vieja mansión la estaba enervando. La escalera era estrecha y oscura. Las paredes parecían estar talladas en el lecho de roca, y la humedad se condensaba en ellas como el vaho en una ventana. El aire era denso y ligeramente viscoso, y hedía a moho y a orín. Bri tragó saliva y se esforzó por ignorar el nudo que se estaba formando en su garganta. Sabía que sus temores eran infundados, que el miedo a que las paredes se derrumbasen sobre ella solo estaba en su cabeza, pero eso no lo hacía más soportable. Desde que su hermano la había encerrado en aquella caverna cuando solo era una cría, Bri se había sentido intranquila en lugares como aquel. Por eso nunca usaba los túneles de la Academia. Todavía ahora, más de una década después, se despertaba algunas noches empapada en sudor frío, con el aroma fantasma del salitre aferrado a su nariz y el murmullo de los cangrejos arrastrándose por la arena resonando en sus oídos.

Apretó los dientes y se obligó a alejar esos pensamientos de su cabeza. Debía mantener la calma. Lo que se disponía a hacer era peligroso, y no podía fastidiarla ni permitir que algo saliera mal.

Las escaleras acababan de repente en un pasillo que seguía descendiendo en una suave pendiente hacia el lecho de roca.

“Fantástico”, pensó con acritud. “Todavía más abajo”.

Por suerte el pasadizo estaba bien iluminado. Dos hileras de antorchas se extendían a ambos lados lo suficientemente espaciadas como para no dejar

ningún tramo completamente a oscuras. Bri no estaba segura de ser capaz de enfrentarse a una negrura absoluta.

Las suelas de sus botas pisaron algo húmedo y viscoso, y Bri recogió los faldones de su vestido de forma automática para evitar que se mancharan, como su madre le había enseñado que debía hacer una dama. Los Dioses no quisieran que un poco de barro estropeará su impecable aspecto.

Enfadada consigo misma por pensar así, soltó el vestido y dejó que arrastrara por el barro.

Al final del corredor se topó con una robusta puerta de madera. Estaba entreabierta, y a través de la abertura se derramaba una cálida luz más intensa que la del corredor. El aire era rancio, y algo en él le recordaba al olor que rezumaba del barrio de los carniceros. Cuando empujó la puerta para abrirla la fetidez se hizo tan intensa que tuvo que arrugar la nariz. El estómago le dio un vuelco, y al tragar saliva notó un regusto ácido en el fondo del paladar.

Bri ignoraba qué propósito había cumplido aquel lugar en el pasado, aunque estaba claro que no era una bodega. Por más vueltas que le daba la única utilidad que le encontraba era como mazmorra. O como matadero.

“Dioses, estoy empezando a pensar como ella”, se sorprendió.

La habitación era circular, de unas veinte varas de diámetro y casi ocho de altura en su parte más elevada. El suelo tenía una ligera inclinación que desembocaba en una especie de pozo estrecho en uno de sus extremos. En el centro había un banco de piedra —“un altar”, discrepó una voz dentro de su cabeza— de tres varas de largo por una de ancho.

El hombre que la esperaba sentado en él respondía al nombre de Dikobar. Era bajito y delgado, casi nudoso, de rostro pálido y afilado, ralo cabello gris y barba despeinada. Junto a él descansaba un cuenco de bronce de un palmo de ancho y medio de fondo. Bri no quería pensar en lo que habría en su interior. Algo le decía que el hedor procedía de allí.

—¿Lo tienes todo? —le preguntó sin molestarse en saludar antes. El hombre asintió y se puso en pie.

—Solo falta el cuerpo —respondió él con voz chillona.

—¿Dónde lo quieres? — le preguntó. El hombrecito se puso en pie, recogió el cuenco con una mano y con la otra palmeó la superficie del altar.

—Supongo que habréis traído mi dinero —dijo Dikobar. Bri asintió y palmeó a su vez la faltriquera que colgaba de su cinto.

Dikobar extendió la mano y ella se la llenó de merlines de oro. Luego se

acercó al altar, sacó una pequeña talla de madera de un bolsillo oculto de su falda y la dejó sobre la roca. Era circular, del tamaño de un troy, y tenía un símbolo grabado en cada una de sus caras. El hombre arqueó una ceja cuando la vio.

—Es un *traslador* —le explicó ella—. Se usa para desplazar objetos de un lugar a otro. ¿O acaso esperabas que cargase con el cuerpo hasta aquí?

Bri pronunció la palabra que desataba el hechizo, y con un fognazo de luz verde el talismán desapareció y fue remplazado por un cuerpo; el cadáver de una mujer: Libitina Minari.

Bri sonrió. El hechizo de estasis había detenido la corrupción. Había transcurrido algo más de un mes desde su muerte, pero gracias al hechizo Libitina se había conservado en perfectas condiciones. El cuerpo estaba pudorosamente cubierto con un sencillo vestido negro, y su cabello había sido lavado y cepillado, pero Bri había optado por no maquillarla. Eso le habría parecido excesivo.

—No será fácil —le aseguró Dikobar—. Como os conté, voy a necesitar una cantidad enorme de poder para traerla de vuelta.

Bri fulminó al hombre con la mirada. Le daba igual lo mucho que le costara completar el hechizo. Había pagado por él, y no le permitiría echarse atrás en el último momento.

—Pues empieza a acumularlo —respondió estudiando con solemnidad el cascarón vacío que era todo lo que quedaba de Libitina—. Quiero acabar con esto lo antes posible.

Enfrentarse de nuevo al cuerpo sin vida de su madre no la había afectado tanto como ella había supuesto. Lo que hacía que su estómago se retorciera y que sintiera como si un millón de hormigas le corrieran por la piel no era volver a verla, sino lo que se disponía a hacer. Las dudas la habían asaltado antes, pero nunca con tanta insistencia.

Estaba a punto de resucitar a la mujer que le había reprochado no haber sido capaz de escapar de aquella cueva por sus propios medios cuando solo era una niña; la misma que había intentado matar a la hija ilegítima de su marido manipulando a sus propios hijos para que lo hicieran por ella; una mujer obsesionada por el legado de una familia ya extinta y un apellido ya desaparecido: los Tardicán, uno de los clanes más poderosos de los primeros días de Hefestia, ahora olvidado por todos menos por ella.

Solo esperaba no tener que arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

—Estoy listo —interrumpió el nigromante sus cavilaciones—. Recordad lo que os advertí: lo que regrese no será la persona que recordáis. Se comportará igual, y tendrá todos sus recuerdos, pero no su alma.

Bri le miró a los ojos y sonrió.

—Dudo que alguien pudiese notar la diferencia.

El nigromante mojó dos dedos en el apestoso engrudo del cuenco y empezó a dibujar símbolos sobre la piel de Libitina. A la luz de las antorchas parecía brea, pero la joven estaba segura que, de poder verlo a la luz del día, sería del color de la sangre.

Mientras Dikobar dibujaba los símbolos, Bri lanzó un *abrazo de Hércules* sobre el cuerpo para mantenerlo inmovilizado. El nigromante ya le había explicado que los no-muertos no podían usar la magia, pero él no conocía a su madre. Libitina era peligrosa. Lo había demostrado la noche de la Proclamación de Lord Pizcazu. Era mejor no correr riesgos.

El cántico que entonó Dikobar era gutural, y parecía tener demasiadas consonantes. Resonaba con fuerza por las paredes de la mazmorra, levantando ecos que se unían en un canon harmónico. Bri aguantó la respiración y cerró los puños con tanta fuerza que sintió la mordida de las uñas en la tierna carne de sus palmas, pero se obligó a ignorar el dolor y la sangre que de ellas manaba.

El salmo se elevó hasta hacerse atronador, y Dikobar se estremeció como si hubiese sido golpeado por un rayo. El cuerpo de Libitina también se sacudió con violencia. De no ser por el hechizo se habría caído del altar.

Y entonces todo se detuvo.

El silencio le taladró los tímpanos como el silbido de una tetera, y durante unos segundos no fue capaz de oír nada más que el acelerado latido de su corazón resonando en su cabeza.

Un gemido se coló por entre el ruido blanco. Bri se volvió hacia él y se encontró cara a cara con su madre. La boca le supo a arena y el vientre le bajó a las rodillas.

El característico azul de los ojos de Libitina estaba velado de cataratas. Probablemente estaría medio ciega.

—¿Qué...? —parpadeó la mujer mirando en derredor, seguramente tratando de distinguir algo en la penumbra—. ¿Qué ha pasado? —su voz era áspera, y sonaba quebradiza.

—Madre —respondió Bri avanzando un paso hacia ella. Quizás no pudiese

verla, pero estaba claro que había reconocido su voz, porque se volvió hacia ella. Su rostro no desvelaba expresión alguna, pero eso no era extraño. Para Libitina Minari, mostrar emociones era un signo de debilidad.

—Brígida, ¿eres tú? —preguntó la mujer—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde estamos? —Intentó moverse, pero el *abrazo de Hércules* se lo impidió. Bri la vio forcejear unos segundos, hasta que finalmente se dio por vencida—. ¿Qué ha pasado? Me siento extraña.

—¿No lo recuerdas, madre? —quiso saber Bri.

Libitina pareció meditarlo unos segundos. Era doloroso de ver. Su ceño se fruncía, su boca se torcía, y sus ojos danzaban frenéticamente en sus cuencas.

—Recuerdo una fiesta —dijo. Sus labios temblaron levemente—. Tu cumpleaños. Y a tu hermano luchando en la arena. Hay más, pero no consigo... —sacudió la cabeza.

—Cuanto más recientes sean los recuerdos, más le costará acceder a ellos —le explicó Dikobar—. Especialmente si había un *Ánimus Fúgit* de por medio.

Algo cruzó por el rostro de su madre, un destello de reconocimiento.

—¿Eso te resulta familiar? ¿El *Ánimus Fúgit*? —insistió Bri, pero la atención de Libitina estaba centrada en Dikobar.

—¿Quién eres? —le preguntó al nigromante—. ¿Te conozco?

—Es un nigromante, madre. Y sí, le conoces. Has tenido tratos con él en el pasado. De hecho encontré su nombre en tu *grimorio*. Pero eso ahora no importa. Lo importante es que Dikobar es quien te ha devuelto a la vida.

—¿Estoy... estoy muerta? —parpadeó Libitina destilando confusión.

—¿No recuerdas nada de la noche de la Proclamación de Lord Pizcazu?

La mujer sacudió lentamente la cabeza.

—No estoy segura. Yo... —titubeó—. Recuerdo el *Ánimus Fúgit*... Recuerdo... Ocurrió algo, ¿verdad?

—Me han contado que lo usaste para poseer al dragón que invocaste para acabar con Alia —le explicó Bri sin apartar los ojos de los de su madre. ¿Era cosa suya o las cataratas parecían estar aclarándose?—. Pero el cazademonios Suricata te detuvo. Ligó la esencia del dragón a un artefacto y lo usó para encerrarlos en una dimensión de bolsillo. Te convirtió en una especie de *Licandro*. Esto de aquí es solo un cascarón vacío que posee tus recuerdos. Nada más.

—¿Entonces, mi alma...? —balbuceó Libitina, incrédula—. ¿Se ha

perdido?

—Me temo que para siempre —le confirmó Bri.

La muchacha vio a su madre agitar los dedos tratando de lanzar un hechizo e intercambió una mirada preocupada con Dikobar. El nigromante negó con la cabeza. Ya le había explicado que los no-muertos no podían utilizar la magia. Sin un alma a la que ligarlo, el poder no acudiría cuando lo invocara.

Libitina resopló frustrada y finalmente se relajó.

—Ese maldito hombre —masculló con desdén—. Me aseguraron que estaba en las últimas. Debería haber desconfiado de la palabra de aquel inútil —añadió en un susurro. Al parecer recordaba más de lo que había admitido—. No pasa nada. Se puede arreglar. Todo tiene solución. Solo debemos conseguir el artefacto y liberar al dragón.

—El artefacto fue destruido, madre —le informó Bri. Un breve gesto de irritación cruzó por su rostro como una nube, pero enseguida fue arrastrado por una brisa invisible.

—Eso es un escollo —admitió finalmente—, pero no insalvable.

Bri sacudió la cabeza. Su madre seguía siendo tan testaruda como siempre.

—¿Por qué no puedo moverme? —preguntó forcejeando con el *abrazo de Hércules*.

—Es por precaución. Es la primera vez que resucito a alguien, y no estaba segura de si funcionaría. Quería estar preparada para cualquier eventualidad, como tú me enseñaste.

Libitina sonrió satisfecha.

—Bueno, pues ya sabes que soy yo. Déjame ir.

—Todavía no, madre. Antes necesito que me respondas a unas preguntas.

La mujer arqueó una ceja.

—Libérame, niña —le exigió—. Obedece a tu madre.

—No hasta que obtenga respuestas.

Libitina gruñó. Sus ojos casi habían recuperado su tono celeste, y su rostro parecía tener un color más saludable. Dikobar ya se lo había advertido. Aquel no era un simple hechizo de zombificación. Para recuperar la información almacenada en los recuerdos de su madre era necesario restablecer su mente, y para eso el nigromante había tenido que ligarla a su propia magia. Si mantenían la conexión durante demasiado tiempo Libitina acabaría consumiendo la magia de Dikobar; y con ella, su vida.

—¿Qué es lo que quieres saber? —suspiró dándose por vencida.

—Tus artefactos mágicos. ¿Dónde los has escondido? —le preguntó. Entre las ajadas páginas del *grimorio* de su madre había encontrado una lista en la que estaban registrados todos —o al menos ella esperaba que fuesen todos— sus artefactos de poder, detallando sus propiedades, el modo de activarlos y cuándo habían llegado a sus manos. La mayoría formaban parte de la famosa herencia de los Tardicán de la que tanto le gustaba presumir, objetos que habían pasado de madre a hija durante generaciones, pero Libitina se las había arreglado para ampliar su colección hasta casi duplicar su número.

—Entiendo —asintió la mujer lentamente—. Por eso me has traído de vuelta, ¿no? —añadió. La risotada que escapó de sus labios contenía amargura, dolor y desesperanza, e hizo que la voluntad de la muchacha flaqueara—. No me quieres a mí. Solo te interesa la herencia de los Tardicán.

Bri frunció los labios.

—Tienes razón. Quiero esos objetos. Me pertenecen. Aunque ese apellido no podría importarme menos. Yo no soy tú, madre. Yo soy una Minari.

—Te equivocas, niña. Me pertenecen a mí.

—No de acuerdo con tu testamento. ¿O ya has olvidado que me nombraste tu heredera?

Libitina gruñó.

—¿Para qué los quieres? —le preguntó al fin.

—Eso no es asunto tuyo.

—Está bien —sonrió enseñándole los dientes—. Te diré dónde están si me respondes a una pregunta: ¿Qué ha ocurrido con la bastarda?

Bri parpadeó. Debería haber supuesto que Libitina seguiría obsesionada con Alia.

—Nada. Tu intento de acabar con ella fracasó. Alia está bien.

—Mientes —siseó— Nunca has sabido mentir, hija. ¿Qué ha pasado con ella?

Bri apartó la mirada.

—Se la llevaron los demonios, ¿verdad? —rio de nuevo Libitina, esta vez con auténtico júbilo—. Para eso quieres los artefactos. Pretendes usarlos para rescatar a tu hermanita. —La última palabra llegó envuelta en veneno—. Jamás. Antes dejaré que los tesoros de mi familia se pierdan para siempre.

—Eres un monstruo —gruñó Bri.

—No. Soy una madre. Tu madre. Mi deber es protegerte, y esa bastarda es una amenaza para tu futuro y el de tu hermano. ¿Sabes que va contando por

ahí que Pernaces intentó abusar de ella? Maldita pueblerina embustera.

Bri se quedó perpleja. Alia no le había mencionado nada. Ella siempre había creído que su enemistad con Pernaces se debía al carácter de su hermano; aunque conociéndole, no le sorprendía en lo más mínimo que aquello fuese cierto. Por la Academia circulaban rumores sobre sus apetitos y sobre las cosas que había hecho para saciarlos.

Pero si Libitina lo había mencionado era solo para manipularla, y Bri no estaba dispuesta a permitirselo. Ya no era una niña crédula. Ya no era uno de los juguetes de su madre. Ahora era ella quien estaba al mando.

—No metas a Pernaces en esto —le dijo.

—¿Y por qué no debería hacerlo? ¿Acaso estás celosa de él por ser mi favorito?

—¿Crees que eso me importa? —se mofó Bri—. ¿De verdad crees que voy a luchar con él por tu afecto? Nunca nos has querido. Siempre has estado más preocupada por tus propios planes y por la estúpida herencia de los Tardicán que por tu familia, madre. Ni siquiera te mereces que te llamemos así.

—Niñata desagradecida —gruñó Libitina.

—¿Y por qué se supone que debería estar agradecida? ¿Por todas las veces que me echaste en cara no ser digna de un apellido que ya nadie recuerda? ¿Por permitir que me hicieras creer que no era lo bastante buena o lo suficientemente fuerte? ¿Por pensar que nunca llegaría a tener tu astucia, tu autodisciplina o tu sangre fría? ¿O quizás por no estar a la altura de tus expectativas, como el pobre Pernaces? —Bri avanzó un paso hacia ella—. ¿Tienes idea de lo mucho que te teme mi hermano? Durante años creí que era un lameculos que habría hecho cualquier cosa por complacerte, pero hace poco he descubierto que en realidad te tenía miedo, y que si hacía lo que hacía era porque no se atrevía a desobedecerte. ¿Qué clase de madre atormenta de esa forma a sus hijos? Dioses, las cosas que nos obligabas a hacer. “Es para fortalecer vuestro carácter”, decías. ¿Y te sorprende que Alia le haya acusado de intentar abusar de ella? ¡Pero si fuiste tú quien le ordenó matarla!

—Y mira lo que su fracaso me ha costado —gruñó la mujer— Si el muy inútil no hubiese fallado cuando le pedí que liquidara a la bastarda, tu padre nunca se habría enterado de su existencia, y yo no habría acabado así. Esa es mi recompensa por ser una buena madre: la traición de mi propia sangre. ¿Por qué los Dioses me han castigado dándome dos hijos tan desagradecidos?

Bri no pudo soportarlo más. Si la dejaba continuar, Libitina seguiría dándole largas hasta que Dikobar no pudiese mantener el hechizo, y habría ganado. Quizás esa fuese su intención. El nigromante parecía agotado, y Libitina tenía cada vez mejor aspecto.

—Ya basta —se plantó Bri—. Vas a responder a mis preguntas te guste o no. —Libitina la miró a los ojos, y el desdén que mostraban no pudo ocultar del todo su curiosidad—. Hay algo que no sabes sobre el hechizo de resurrección —le explicó—. Al devolvarte a la vida has quedado ligada a la persona que te ha resucitado; igual que un demonio invocado desde otro plano. Y como los demonios, estás obligada a obedecer sus órdenes.

Bri miró al nigromante, y Dikobar asintió.

—Responderás con la verdad a cualquier pregunta que se te haga —le ordenó.

Por primera vez Bri pudo ver el miedo en los ojos de su madre.

—Ahora dime: ¿dónde escondes tus artefactos mágicos?

—En una habitación secreta, en la mansión —respondió la mujer, y a continuación dejó escapar un grito que aunaba rabia y frustración—. Maldita seas, chiquilla.

—¿Dónde se encuentra esa habitación?

Libitina se sacudió, apretó los labios y se mordió la lengua, pero respondió igualmente.

—En la sala de la arena, bajo las gradas. Eres la digna hija de tu padre. Una inútil, como él. Debería haber usado un *secasemillas* cuando me quedé embarazada de ti.

Bri la ignoró. Sabía que solo lo decía para herirla. Lo que su madre no sabía era que a ella había dejado de importarle su opinión.

—¿Cómo se accede a la habitación secreta?

—Por el extremo más oriental de la grada sur —chilló Libitina echando espuma por la boca—. Las rocas están imbuidas con un hechizo de desplazamiento. Nunca recuperarás a tu hermana. Si el Señor de la Guerra la tiene en su poder, nunca volverás a verla.

Bri apretó los puños y una punzada de dolor le recordó las heridas que se había hecho poco antes.

—¿Cómo activo el hechizo?

Libitina pronunció la palabra y escupió a su hija en la cara. Bri se limpió con la manga del vestido.

—Gracias, madre —le dijo con una sonrisa en los labios.

—No, hija. Gracias a ti —respondió Libitina para su sorpresa. También ella sonreía—. Por traerme de vuelta.

Bri se sobresaltó cuando su madre se incorporó y se quedó sentada sobre el altar.

¿Cómo demonios lo había hecho? El *abrazo de Hércules* debería haberla mantenido inmovilizada.

—Es imposible —murmuró incrédula.

—¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? Nunca te fíes de un enemigo caído —le dijo—. Los animales heridos son los más peligrosos.

Libitina apuntó con una mano a Dikobar. De sus dedos brotó una cinta de luz azul que voló hasta el nigromante y se enroscó alrededor de su cabeza, sellando sus labios y cegándolo por completo. Sin el mago controlándola, Libitina sería libre para actuar a voluntad.

—Y gracias también a ti, Dikobar. Te debo la vida.

El mago trataba de librarse de las bandas que lo constreñían, pero estaba demasiado débil para poder romperlas. Libitina se puso en pie y se encaró a su hija.

—Y ahora, niña, voy a enseñarte una última lección. Espero que sobrevivas.

Libitina sacudió la mano, y un látigo de luz azul parecido al que sujetaba al nigromante restalló en el aire y se precipitó hacia el cuello de la joven. Por suerte Bri estaba preparada. La muchacha susurró una palabra, y el anillo que llevaba en su índice derecho desplegó ante ella un escudo de aire que desvió el ataque.

—Maldita tramposa —siseó Libitina—. ¿Te atreves a usar mi propio anillo contra mí?

—Y no es el único artefacto tuyo que tengo —respondió la muchacha acariciando el broche que lucía en el pecho. Quizás aún no hubiese dado con el resto de objetos, pero había podido apropiarse de los que Libitina llevaba encima en el momento de su muerte, y no eran pocos.

Una explosión de sonido barrió la mazmorra y lanzó a la mujer contra la pared. Bri creyó escuchar el ruido de huesos al quebrarse, pero su madre se puso en pie como si nada.

Libitina volvió a agitar la mano, y el suelo cobró vida bajo los pies de la chica. Bri saltó hacia atrás para alejarse de las protuberancias de roca que

trataban de asirla, pero no fue lo bastante rápida, y dos tentáculos de piedra se enroscaron en sus piernas, inmovilizándola. Otras tres cintas de luz azul brotaron de los dedos de Libitina. Dos de ellas la sujetaron por las muñecas. La tercera se enredó en su cuello.

—¿Sabes? Tienes razón en una cosa —dijo Libitina avanzando un paso hacia ella—. Nunca creí que fueses digna del apellido de los Tardicán. Pero debo admitir que me equivocaba. Lo que has hecho, usar a un nigromante para traerme de vuelta solo para poder conseguir mis objetos mágicos, te ha redimido a mis ojos. Estoy orgullosa de ti.

—Basta —protestó Bri casi sin aliento, y por un momento no supo si estaba suplicando por su vida, que parecía escurrírsele entre los dedos, o si solo quería que su madre dejase de hablar.

—Tranquila, no voy a matarte. Todavía puedo usarte para acabar con el inútil de tu padre y con tu abuelo —prosiguió la mujer—. Es una lástima que tu hermano no esté aquí. Me habría gustado que viera lo que les ocurre a quienes me traicionan. Quizás vaya en su busca cuando acabe contigo. Es un zoquete, pero tiene su utilidad.

—No es necesario que me busques, madre —respondió alguien desde la puerta, un hombre enfundado en una capa de Inquisidor. El recién llegado se quitó la capucha, y una espesa melena verde se derramó sobre sus hombros—. Aquí me tienes.

—¿Pernaces? —balbuceó Libitina mirándole con los ojos muy abiertos—. Hijo mío...

—Hola, madre —la saludó el muchacho avanzando hacia el altar—. Dime, ¿cómo puedo serte de utilidad?

Libitina sonrió, convencida de que todo estaba saliendo como ella quería.

Pernaces llegó a su lado, se inclinó y plantó un beso en su mejilla.

—Es una pena que no seas tan inteligente como tu hermano —le reprochó a su hija.

—¿Inteligente? —preguntó Pernaces torciendo la cabeza—. Qué curioso. Hace un momento me ha parecido oírte decir que solo era un zoquete —le recordó él con voz carente de expresión. Libitina se volvió hacia su hijo, confundida, y al verle desenfundar su espada su expresión pasó de la confusión a la sorpresa. Por desgracia para ella, ya era demasiado tarde—. Hasta nunca, madre —sonrió el muchacho.

La espada cortó el aire con un silbido. Libitina abrió mucho los ojos, y sus

labios se separaron como si estuviese a punto de decir algo. Un collar carmesí floreció en su delicado cuello. La mujer dio un tambaleante paso. Su cabeza se desprendió de su cuerpo y cayó al suelo frente a la muchacha. Por un momento Bri tuvo la extraña sensación de que la estaba mirando a los ojos, pero en los de su madre ya no brillaba la chispa de la vida.

La cabeza se inclinó un poco sobre el irregular suelo y acabó rodando pendiente abajo hasta el extremo opuesto de la mazmorra, donde se perdió en la oscura boca del pozo.

—Vaya, no esperaba que pasara eso —dijo Pernaces ligeramente perplejo.

Bri luchó por recuperar el aliento. Las bandas azules casi la habían ahogado. Pernaces se acercó a ella y la sujetó rodeando con un brazo su cintura.

—¿Estás bien? —le preguntó. Bri asintió.

Dikobar se recuperaba apoyado contra la pared. Estaba incluso más pálido que antes, si eso era humanamente posible. Unos minutos más y ninguno de los dos habría sobrevivido.

—Gracias a los Dioses —suspiró el nigromante estudiando a Pernaces—. Por un momento creí que de verdad erais un Inquisidor.

—Oh, no —negó Bri con voz todavía algo ronca—. Perni todavía no es Inquisidor. Mi abuelo, sin embargo...

Tres hombres más, todos vistiendo el negro y rojo de la Inquisición, aparecieron por la puerta. Los dos más jóvenes fueron directos hacia Dikobar, que ahora se acobardaba en un rincón y maldecía furioso. Pero no había nada que pudiera hacer. El hechizo le había dejado seco, y no podría defenderse. El tercer hombre, un anciano que lucía la insignia de Inquisidor Supremo, se dirigió hacia Bri y Pernaces. Se detuvo frente al muchacho, apoyó una mano sobre su hombro y le dio un ligero apretón. Pernaces le miró a los ojos y asintió.

—¿Has conseguido lo que necesitamos? —le preguntó a Bri. Ella asintió—. Estoy muy orgulloso de ti. De los dos —añadió mirando a su nieto.

—¿Cómo ha podido hacer magia? —se extrañó la joven.

—No lo sé —respondió su abuelo acercándose al cuerpo de su nuera, y trazó sobre él un *táumator* revelador. Una pálida luz ambarina bañó el cuerpo, cubriéndolo por completo, pero enseguida fue desvaneciéndose hasta que solo quedó un pequeño punto luminoso que parpadeaba sobre el antebrazo de Libitina. Ártemus sacó una daga de su cinto e hizo un corte alrededor del

punto. Bajo la piel, una pequeña piedra negra del tamaño de un guisante pulsaba con magia contenida—. Un artefacto imbuido —murmuró el anciano—. Un *acumulador*, si no me equivoco. No ha necesitado invocar magia porque la tenía almacenada.

Bri casi admiraba el ingenio de su madre. No debería haberla subestimado. Libitina Minari habría sido capaz de hacer sangrar a las piedras.

—¿De verdad se ha acabado? —preguntó Pernaces. Su anterior estoicismo se había esfumado, y ahora parecía inseguro—. ¿Y si consigue volver?

Bri había temido que no tuviese la suficiente sangre fría para asestar el golpe de gracia, y le había preocupado dejar esa tarea en sus manos. Pero como su abuelo le había dicho, Perni necesitaba hacerlo para librarse de una vez por todas del yugo de su madre

La muchacha alzó las manos y trazó un *táumator* ígneo. Llamas azules prendieron el vestido de Libitina, y no tardaron en envolverla por completo. El hedor hizo retroceder a Pernaces, pero Bri lo soportó solo para poder ver arder a su madre.

—Que lo intente —respondió la muchacha—. La estaremos esperando.

Y mientras se encaminaba hacia la salida las palabras de Libitina siguieron resonando en su cabeza, torturándola.

“Estoy orgullosa de ti”.

La caída de la luz

Karáemon abandonó tambaleándose la sala capitular, la enorme estancia que servía de lugar de recogida y meditación de los monjes del Templo de la Iluminación. El contenido de su estómago pugnaba por salir, y el humo había llenado de lágrimas sus ojos. Al menos eso era lo que se decía para convencerse a sí mismo. Aquel no era momento para dejarse llevar por las emociones.

Apoyado contra una de las columnas, el hombretón se sorbió la nariz y se frotó los ojos con los puños. Era eso o golpear la pared más cercana hasta que le sangraran los nudillos.

Las llamas habían dejado el lugar irreconocible. Los enormes estantes que habían albergado cientos de antiguos manuscritos y pergaminos eran ahora pilas de carbón cubiertas de frágil ceniza. Siglos de historia, de conocimientos, perdidos para siempre, consumidos por el fuego. Pero no era esa la tragedia que le había encogido el corazón.

Los libros podían ser remplazados; las vidas humanas, no.

Quienquiera que hubiese prendido fuego a la sala lo había hecho con los monjes dentro. Al menos habían tenido la decencia de rebanarles antes el cuello. Pensar en lo que habrían sufrido de haber sido quemados vivos era más de lo que podía soportar.

—Que la Luz guíe vuestros pasos —musitó pasando el pulgar por su frente de derecha a izquierda como solían hacerlo los monjes.

Uno de los muchachos que le había seguido desde Timar-Kathor le esperaba junto a la puerta que conducía al exterior del Templo. El chico solo había visto la masacre de lejos, Karáemon no le había permitido entrar en la sala, pero aquello había bastado para devastarle. Sus ojos estaban empañados, y tenía la nariz colorada y congestionada. Karáemon posó una manaza sobre su hombro.

—Eran hombres santos —balbuceó el chico entre sollozos. Apenas tenía veinte primaveras, y nunca había visto la muerte tan de cerca; al menos no una tan violenta—. ¿Quién... quién puede haber hecho algo así, *Khinform*?

A Karáemon no le gustaba que muchacho insistiera en llamarle así, pero esta vez no se molestó en corregirle. En aquel momento no tenía energías para hacerlo, y algo le decía que el chaval necesitaba al héroe, no al herrero.

—No lo sé, Tarubán —sacudió la cabeza—. Esperemos que la Guardia pueda averiguarlo. ¿Todavía no han llegado?

El chico negó en silencio.

—Hemos usado el *cuenco de voces* para llamarles, como nos has pedido, y nos han dicho que usarían el *trasladador* para llegar hasta aquí, así que no creo que tarden mucho.

Karáemon conocía la existencia del *trasladador*. Era el único modo de viajar de forma instantánea entre Timar-Kathor y el Templo, que estaba protegido contra *portales de paso* y otros hechizos de viaje. Pero solo podía ser usado por uno de los copríncipes de la ciudad, así que alguien de la guardia debía haberles avisado.

—Está bien. Espérales aquí. Yo voy a seguir buscando supervivientes —le dijo, aunque estaba seguro de que no encontraría ninguno.

El otro joven que les había acompañado hasta el Templo había ido a explorar los aposentos, así que Karáemon se dirigió hacia el atrio.

Le había dicho a Tarubán que no sabía quién era el responsable del ataque, pero eso no significaba que no tuviese sus sospechas. El problema era que si contaba lo que sabía, se negarían a creerle. A pesar de que los kathoranos insistían en seguir llamándole *Khinform*, “el héroe”, Karáemon ya no era ese hombre. Ahora era un simple herrero, y los oídos de los copríncipes ya no gozaban de su favor.

El hedor le alcanzó antes de salir al claustro. Aquel lugar apestaba como la sala capitular, aunque con menos tintes de madera y más de carne chamuscada. Karáemon vio el primer cadáver nada más salir, y un poco más

allá había otros dos. O al menos sus pedazos. Algunos cuerpos estaban calcinados, otros decapitados, y los más desafortunados habían sido desmembrados. La brutalidad del ataque le hizo arder la sangre. Su rostro enrojeció, y sus dientes rechinaron. Su mano se cerró con fuerza alrededor de la empuñadura de su martillo, una bestia de acero plagada de runas que Karáemon solo usaba ahora en la forja, pero que antaño había sido su maza de batalla.

Aquellos habían sido hombres sabios, considerados santos por muchos, dedicados en cuerpo y alma a seguir el camino de la Iluminación. Ver la crueldad con la que se habían ensañado con ellos le hacía desear tener veinte años menos y el favor de los Prínceps, así podría encargarse personalmente de castigar a los culpables.

Los guardias le encontraron en el jardín de los árboles colgantes, un vergel imposible que prosperaba en las nevadas cumbres de los Colmillos y que estaba considerado una de las cinco maravillas de Timar-Kathor. Ahora era un espacio yermo plagado de cuerpos. La nieve ya había empezado a reclamarlo, y pronto lo cubriría por completo. Karáemon rezaba arrodillado junto al cuerpo del hermano Balduris. Le había conocido en vida. Habían tenido tratos, y el monje siempre había sido amable con Raslín.

—Es horrible —dijo alguien a su espalda. Karáemon creyó reconocer la voz—. Tantas muertes sin sentido...

—Prínceps Mirdín —le saludó Karáemon poniéndose en pie. Quizás fue su estatura, o tal vez la furia que ardía en sus ojos, pero el súbito movimiento hizo que los guardias cerraran filas en torno al copríncipe—. No esperaba veros aquí.

—Los monjes también eran súbditos nuestros —creyó necesario recordarle Mirdín—. He venido para encargarme de la investigación. Queremos que se haga justicia.

—¿Vais a llevarla personalmente? —se sorprendió Karáemon—. ¿No es esa una tarea demasiado mundana para vos?

—Lo que quiero decir es que estoy aquí para asegurarme de que la investigación sea exhaustiva —añadió el Príncipe con tono irritado.

El herrero suspiró para tratar de serenarse y que su rostro no mostrara el desprecio que sentía por aquel joven. Mirdín era un mujeriego, un borracho, un jugador empedernido y un tramposo, pero también era uno de los

copríncipes de la ciudad, y responderle con lo que le estaba pasando en aquellos momentos por la cabeza no habría sido inteligente.

De haber podido escoger, Karáemon habría preferido tratar con su primo Brauco. Era más hosco que Mirdín, y tendía a ser irascible, pero le superaba en inteligencia y sentido común. Por desgracia el copríncipe Brauco se encontraba en misión diplomática lejos de la capital, así que no le quedaba otra que lidiar con Mirdín.

—Me han dicho que has sido el primero en llegar —pasó Mirdín a la ofensiva—. ¿Cómo supiste del ataque?

—Hace dos noches vi humo en el templo —explicó Karáemon—, y lo que me pareció que era el brillo de llamas. No se trataba de un fuego normal, no era una hoguera. El humo era sucio y viscoso. Supongo que fui uno de los pocos que lo vio, porque cuando pregunté a la mañana siguiente nadie sabía de lo que estaba hablando. Para entonces tanto el fuego como el humo se habían extinguido, pero yo estaba seguro de que algo había ocurrido, así que decidí venir a investigar. Los dos muchachos son lo que queda del grupo que me acompañaba.

El viaje había durado dos días, y las condiciones en las que se encontraba el camino, estrecho y cubierto de nieve que alcanzaba hasta la parte alta de los muslos, había hecho cambiar de opinión a los otros diez, que se habían quedado atrás o habían regresado a la ciudad.

—Vaya. ¿Y con solo ver el humo supiste que algo malo ocurría? —insistió Mirdín.

—Soy herrero. Entiendo de fuegos. Y no lo supe con certeza. Fue una premonición.

—Entiendo —asintió el Príncipe—. ¿Y dices que todo un grupo decidió seguirte? ¿Por una premonición?

Karáemon apartó la mirada. Sabía por qué se lo preguntaba. ¿Cómo era posible que un simple herrero hubiese conseguido movilizar a un grupo de ciudadanos sin pedirlo siquiera? ¿Por qué le habían seguido? Porque él era el *Khinfor*, el héroe de batallas legendarias y paladín del principado. Quizás él ya no se sintiera así, quizás ahora solo ansiara la tranquila vida de un herrero, quizás había decidido abandonar la lucha para criar a su hijo, al hijo que casi había perdido; pero a ojos del pueblo siempre sería el *Khinfor*, y una palabra suya bastaría para incitar una revolución. Al menos eso era lo que Mirdín creía. Por eso desconfiaba de él. Tal vez incluso le consideraba responsable

de la matanza. Sabiendo cómo funcionaba su retorcida mente, no resultaba una idea tan descabellada.

—Así es, Príncipeps —se limitó a responder, porque cualquier otra cosa habría enervado a Mirdín aún más.

El copríncipe estiró el cuello como tratando de mirarle por debajo de la nariz, pero Karáemon era demasiado alto, y el gesto solo consiguió hacerle parecer una gallina.

—¿Has encontrado alguna pista? ¿Algo que merezca la pena ser mencionado?

—No. Pero tampoco estaba buscando. No es mi trabajo, y no quiero entorpecerle a nadie el suyo —añadió mirando a uno de los guardias, al que conocía porque le había vendido una espada y una daga corta—. Además, no necesito pistas. Sé tan bien como vos quién es el responsable.

Mirdín se sacudió como un pavo real y dejó escapar un bufido exasperado.

—¿De qué demonios hablas? —cacareó el Príncipeps a la defensiva.

—Sabéis muy bien de lo que os hablo —alzó la voz el herrero. Uno de los guardias avanzó un paso hacia él e hizo el ademán de liberar su espada de la funda, pero una mirada de Karáemon le detuvo. No hubo una amenaza implícita, aunque su mano no dejaba de estrujar el mango de su martillo—. Él os lo advirtió, maldita sea. Os dijo que esto podía ocurrir —añadió señalando en derredor. Esta vez controló un poco más su temperamento, y el guardia se relajó.

—¿Te refieres al hefestiano? —replicó Mirdín— ¿No lo dirás en serio? Ese hombre divagaba. Hablaba de portales a otros mundos y de invasiones demoniacas.

Karáemon sacudió la cabeza con frustración. Era imposible. Suri ya había intentado hacerles entender el peligro que corrían, pero los copríncipes habían decidido ignorarle. Admitir ahora que el ataque podía estar relacionado con sus advertencias sería como reconocer que se habían equivocado, y ni Mirdín ni su primo —pero especialmente Mirdín— eran de los que admitían sus errores. Todo era siempre culpa de alguien más.

—Os contó lo que había pasado en Hefestia, os habló de los traidores, y os advirtió que eso podría ocurrir aquí también.

—No nos compares con los hefestianos. Su ciudad es un nido de traidores, y lo que suceda dentro de sus fronteras no tiene por qué afectarnos. La idea de que un kathorano pueda conspirar contra la ciudad o los Príncipeps es

simplemente ridícula —afirmó Mirdín muy convencido. Lo más triste era que de verdad lo creía.

—¡Por todos los Dioses, os advertió que el Templo era un posible objetivo!

—Bueno, no puedo negar que es una coincidencia asombrosa, pero... —se empecinó el copríncipe. Karáemon se movió con una rapidez casi sobrenatural, y antes de que los guardias pudiesen reaccionar su nariz se encontraba a un suspiro de la de Mirdín. Karáemon reconoció el sonido del acero al acariciar el filo de las vainas. Los guardias habían desenfundado. De haberle tocado un solo pelo al Príncipe los guardias habrían ensartado a Karáemon como un alfiletero, pero no había llegado a rozarle. Aun así, Mirdín dejó escapar un gemido muy poco regio y retrocedió un paso.

—Habrá más muertes —le prometió el hombretón mirándole a los ojos—. Pero estas serán las que nunca podréis olvidar. Las llevaréis con vos el resto de vuestra vida, que espero sea muy larga, porque en el fondo sabéis que tengo razón, que esto podría haberse evitado de no ser por vuestra estupidez.

La última palabra casi pareció golpearle físicamente, y un fuego prendió su rostro.

—Cuidado, herrero —le advirtió Mirdín—. Yo no soy mi padre.

—¿Acaso creéis que no lo sé? Vuestro padre ya estaría preparando a su ejército para enfrentarse al enemigo del que nos han advertido. ¿Seréis vos menos que él?

Aquel había sido un golpe bajo, Karáemon lo sabía, pero en ocasiones era necesario sacudir a la bestia para despertarla. Mirdín siempre había vivido a la sombra de su padre, el gran Príncipe Marcellus, un hombre sabio y justo a quien su hijo había decepcionado en vida y al que trataba de emular tras su muerte.

—Vuestro padre y vuestro tío no habrían ignorado las advertencias de Suricata. Quizás no habrían creído sus palabras, pero al menos se habrían mantenido en guardia, y se habrían asegurado de que sus espías tuvieran los ojos bien abiertos ante cualquier posible amenaza. —Karáemon miró en derredor—. Y desde luego no habrían permitido que esto ocurriera. Os lo ruego, mi Príncipe —le suplicó—. Seguid odiándome si queréis, pero no permitáis que lo que sentís por mí os ciegue a la verdad. Pensad en lo que Marcellus habría hecho y haced que se sienta orgulloso.

Por un momento Karáemon temió que sus palabras solo conseguirían encolerizar al copríncipe, pero para su sorpresa algo cambió en su expresión.

Mirdín alzó una mano e indicó a sus guardias que retrocedieran.

El Príncipe se compuso, se aclaró la garganta y habló con tono sereno.

—Hablaré con mi primo —aceptó finalmente—. Y puedes estar tranquilo. Si es verdad que hay traidores entre nosotros, me encargaré personalmente de hacerles pagar por esto.

El herrero dio un paso atrás y miró a los ojos del muchacho. Por un momento le pareció que el viejo Marcellus le devolvía la mirada desde ellos. Quizás aún había esperanzas para él.

—Príncipe —dijo inclinándose ligeramente.

—*Khinfor* —le devolvió Mirdín el saludo.

Dos días más tarde Karáemon llegó a Timar-Kathor acompañado por los dos muchachos que le habían seguido hasta el Templo. Los guardias debían haber usado el *trasladador* para regresar a la ciudad, porque los rumores de su confrontación con el Príncipe ya se habían extendido como metal fundido.

Sus vecinos les recibieron con miradas inquisitivas y murmullos callados, pero nadie se atrevió a acercarse a él para preguntarle; quizás porque cada vez que lo intentaban bastaba una mirada suya para detenerles. Karáemon entendía su curiosidad, y en cualquier otro momento quizás se habría detenido a responder sus preguntas, pero tras cinco días de marcha ininterrumpida estaba deseando llegar a casa. El viaje de vuelta no había sido tan extenuante como el de ida, pero aun así le dolían los pies, tenía la espalda rígida de dormir en el suelo y necesitaba con urgencia un baño de agua caliente para desentumecer sus castigados músculos y desterrar el frío de sus viejos huesos. Por eso suspiró aliviado cuando los curiosos se olvidaron de él para centrar su atención en sus dos acompañantes.

Karáemon aún no entendía qué le había pasado por la cabeza cuando había decidido lanzarse a una aventura como aquella sin detenerse a pensar en las consecuencias. Ya no era un chaval, y la caminata iba a dejar secuelas en su ya maltrecho cuerpo. Además, ahora tenía responsabilidades. La idea de dejar solo a Raslín casi había bastado para echarle para atrás, y solo la promesa de la señora Yeboda de encargarse de vigilar al chico le había ayudado a decidirse. No era que no confiase en él, Raslín era más que capaz de arreglárselas solo por unos días, pero Karáemon sabía que cuando trabajaba en su taller podía perder la noción del tiempo y olvidarse incluso de comer.

Por eso no le extrañó que el muchacho no respondiera cuando finalmente llegó a la forja y le llamó para hacerle saber que ya estaba de vuelta.

La calidez de la fragua le dio la bienvenida al abrir la puerta, envolviéndole en un familiar y confortable abrazo. Un agradable hormigueo le recorrió la piel. Karáemon dejó su martillo junto a la entrada, se quitó el abrigo y lo colgó en uno de los ganchos.

—¿Raslín? —repitió sirviéndose una taza de vino especiado de la jarra de barro cocido que descansaba cerca del fuego —¿Me has oído? Ya estoy en casa.

Karáemon le echó un rápido vistazo al taller mientras apuraba su segundo vaso y sonrió. Los encargos que le había dejado a su hijo estaban terminados, listos para ser entregados. Cogió un hacha de una de las pilas de artefactos y la sopesó. El equilibrio era perfecto, el filo estaba bien acabado, y las runas que decoraban el mango poseían una delicada belleza más propia del trabajo de un orfebre que del de un simple herrero. Eso le hinchó de orgullo. Ni siquiera él, con sus décadas de experiencia, habría conseguido un acabado tan espléndido.

Tras devolver el hacha a la pila se acercó al pequeño altar en el que descansaba el martillo de cincelar que había pertenecido a su esposa. Karáemon lo acarició con reverencia.

—Ojalá pudieras verle, Kitara —murmuró trazando con las yemas de los dedos las diminutas runas grabadas en la herramienta—. Estarías orgullosa de él.

El herrero pestañeó para alejar las lágrimas y le dio la espalda al altar.

—Raslín —insistió por tercera vez—. Maldita sea, muchacho. ¿No habrás vuelto a quedarte dormido sobre la mesa de trabajo, verdad?

Entonces lo vio. No sabía cómo no se había fijado antes en la barra de acero que descansaba sobre el yunque a medio trabajar, pero en cuanto sus ojos se posaron sobre ella supo que algo iba mal. Raslín nunca habría cometido un error como aquel. Una vez hubiese empezado a trabajar el metal no lo habría dejado a medias, ni habría permitido que se enfriara, porque sabía que la hoja que se forjara con él sería frágil y se quebraría con facilidad.

Una gota de sudor frío le resbaló por la espalda, erizándole el vello. Algo iba mal.

—¿Raslín? —volvió a llamarle. El silencio que siguió hizo que la preocupación se aferrara a su pecho.

Karáemon volvió a coger su martillo y abandonó la fragua para dirigirse al taller. Al pasar por el corredor en el que guardaban las piezas ya acabadas tropezó con un escudo que había caído al suelo, y cuando se agachó para recogerlo descubrió una mancha que parecía ser de sangre. Su corazón latía desbocado, y el aire se espesó en su garganta.

—Otra vez no, por favor —musitó aferrando con fuerza la empuñadura de madera de su martillo, envejecida por años de uso. Sus nudos y sus marcas se adaptaban al contorno de su mano como si fuese una extensión de la misma.

Sus dedos temblaban cuando asió el pomo de la puerta del taller. Le asustaba tanto lo que podría encontrar al otro lado que tardó unos segundos en reunir el valor necesario. Cuando por fin la abrió lo que descubrió hizo que todos los músculos de su cuerpo se tensaran.

La mesa estaba del revés, como una tortuga incapaz de darse la vuelta, y las herramientas de Raslín estaban esparcidas por el suelo de la sala. Había huellas de pisadas, manchas de hollín que alguien había arrastrado hasta allí desde la fragua. Karáemon contó seis juegos distintos, y todas ellas desaparecían tras la puerta que comunicaba el taller con la escalera que ascendía hasta la vivienda.

—Por favor, que no le haya ocurrido nada malo —suplicó a los Dioses.

Vio a dos de los intrusos a medio camino de la primera planta. Iban encapuchados, pero por debajo de sus capas podían distinguirse los colores de sus uniformes, que delataban su pertenencia a la Guardia Kathorana. Karáemon ya había sospechado que alguno de ellos podía estar involucrado en el ataque al Templo, de otra forma no se explicaba que hubiesen podido sorprender a los monjes sin despertar sospechas. Pero los guardias no actuaban por su cuenta, de eso estaba seguro. Alguien más daba las órdenes.

—Señor —gritó uno de los hombres cuando descubrió su presencia. Karáemon siguió subiendo las escaleras hasta la sala de estar.

Había otros cuatro hombres allí, dos a cada lado de la silla en la que habían atado a Raslín. El corazón le dio un vuelco cuando vio lo que le habían hecho a su hijo, y su mano apretó con más fuerza si cabe la empuñadura de su martillo. El muchacho tenía el rostro plagado de marcas, uno de sus ojos estaba tan hinchado que casi había desaparecido bajo los pliegues de carne amoratada, y un hilo de sangre resbalaba de un corte en su labio superior salpicando de rojo su blanca camisa. Pero estaba vivo, alabada fuese la Iluminación.

—Te has demorado mucho, herrero —dijo uno de los encapuchados descubriendo su rostro. Karáemon le conocía. Era el vizconde Marlaz, consejero de la corona y uno de los prohombres más poderosos de Timar-Kathor—. Estábamos a punto de salir en tu busca.

Hacía años que Karáemon no tenía tratos con la corte, pero recordaba al vizconde de cuando solo era un mocoso arrogante. En eso no parecía haber cambiado mucho. Además, su reputación era de sobras conocida en la ciudad. Marlaz era una serpiente que se dedicaba a verter veneno en los oídos de los monarcas, generando conflictos y disputas internas que permitían a gente como él prosperar en el caos resultante.

—Quítale las manos de encima a mi hijo —gruñó Karáemon avanzando un paso hacia él. Dos de los guardias se apresuraron a cortarle el paso, y Marlaz acercó la hoja de su daga al cuello de Raslín.

—Cuidado, herrero. Yo soy quien da las órdenes aquí.

—No sé por qué, pero lo dudo —respondió Karáemon—. Algo me dice que solo estáis siguiendo las instrucciones de vuestro amo.

El vizconde miró fijamente a Karáemon. Una sonrisa ladina distorsionaba su rostro.

—Eres listo, herrero —dijo Marlaz jugueteando con la daga—. Más de lo que te conviene. Por un momento he temido que tu indiscreción me obligaría a tomar medidas drásticas. Estaba dispuesto a deshacerme de Mirdín para evitar que descubriera mi implicación. Por suerte ya no gozas del favor de los copríncipes, ya no eres el *Khinforn*, el héroe del pueblo, así que no ha sido difícil convencerle de que tus acusaciones solo eran mentiras inventadas por ti para proteger al verdadero culpable: el hefestiano.

Karáemon apretó los dientes. Marlaz era mucho más retorcido de lo que había supuesto. El muy desgraciado pretendía inculpar a Suricata, pero, ¿cómo podía saber que se había reunido con los Príncipes? Karáemon se había asegurado de que su encuentro fuese secreto. ¿Se lo habría contado el propio Mirdín? Algo le decía que no.

Cuando estudiaba a los encapuchados sus ojos se detuvieron en la empuñadura de la espada de uno de ellos. La reconoció enseguida. La había visto dos días atrás en manos de uno de los guardias que acompañaban a Mirdín. Estaba seguro porque la había forjado él mismo. Al parecer la podredumbre estaba más extendida de lo que él había supuesto.

La rabia trató de apoderarse de él, pero la relegó a lo más profundo de su

mente. Si quería salir de aquella con vida necesitaba mantener la cabeza fría.

—Decidme, ¿habéis participado personalmente en la masacre de los monjes, o sois tan cobarde que habéis dejado la tarea en manos de vuestros lacayos? —pinchó al traidor. Marlaz dejó escapar una carcajada.

—No acostumbro a ensuciarme las manos, pero en este caso he hecho una excepción —admitió divertido—. No negaré que el encargo ha sido muy satisfactorio. Llevaba tiempo queriendo librarme de esos santurrones. Por suerte, otro va a pagar por esas muertes. Y tú vas a ayudarme, o tu hijo se unirá a los monjes al final del Camino.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —gruñó el herrero.

—Para empezar, que me muestres algo de respeto —dijo el vizconde acercándose a Raslín y mesando su cabello de forma casi amorosa. El muchacho sacudió la cabeza con furia, y Marlaz rio de nuevo. Karáemon se obligó a respirar hondo para no saltarle al cuello—. Deberías estar orgulloso del chico —añadió palmeándole la cabeza—. Se ha defendido como un león, y se ha negado a responder nuestras preguntas.

Karáemon rechinó los dientes.

—Sabéis de sobras que mi hijo no puede hablar —masculló el herrero

—¿De verdad? —frunció el ceño—. No lo recordaba —dijo encogiéndose de hombros y alzando ambas manos a modo de disculpa. Pero la malicia que brillaba tras sus ojos contradecía su gesto.

—¿Qué queréis de mí? —insistió Karáemon.

Marlaz se acercó a la mesa y cogió un pedazo de bronce retorcido y desgarrado. Su forma era casi irreconocible, pero Karáemon sabía lo que era. El vizconde pasó un dedo por la superficie del brazo metálico y se cortó con una de sus afiladas aristas.

—Quiero a su dueño —dijo llevándose el dedo a la boca para lamer la sangre que había brotado del corte—. Te ofrezco un trato: la vida de tu hijo por la del hefestiano. Mi señor tiene asuntos pendientes con él. Quiero que contactes con él y que le digas que ya has acabado de arreglar su brazo.

Esta vez fue Karáemon quien rio. El rostro de Marlaz se endureció, y volvió a acercar la daga al cuello del muchacho.

—¿Crees que bromeo? —chilló el noble. Karáemon suspiró.

—¿Tenéis hijos, vizconde? —le preguntó con absoluta parsimonia—. No, creo recordar que no. Y aunque los tuvierais no lo entenderíais, porque no tenéis corazón.

El herrero aferró su martillo con ambas manos y avanzó un paso hacia los intrusos.

—No te muevas —amenazó Marlaz apretando la hoja de su daga contra la delicada piel de Raslín. Karáemon le ignoró y dio otro paso.

—Si los tuvierais sabríais que lo peor que le puede pasar a un hombre es perder a uno. Lo sé. Yo pasé por ello. El nigromante que mató a mi esposa secuestró a mi hijo y le tuvo cautivo durante doce días. ¡Doce días, vizconde! ¿Tenéis idea de lo que supone eso para un padre, no saber si tu hijo está vivo o muerto? —alzó la voz. Los guardias desenfundaron sus armas y se desplegaron alrededor del vizconde—. ¿Llegar incluso a pensar que habría sido mejor encontrarle muerto que la alternativa?

—No sé a qué crees que estás jugando, herrero, pero si no te detienes tu hijo pagará por tu insolencia.

—¿Sabéis qué fue lo peor de todo? —prosiguió Karáemon ignorando su amenaza—. Lo peor de todo fue descubrir que el cuchillo que había usado el nigromante para torturarlo y marcar su piel había sido forjado por mí.

—Una cruel ironía del destino —se burló Marlaz.

—Ese día me prometí que jamás volvería a forjar un arma que pudiese dañar a mi hijo. ¿Reconocéis esa daga, la que sostenéis contra su cuello? —le preguntó. El vizconde parpadeó confundido. Karáemon miró a Raslín, y el muchacho asintió con una débil sonrisa—. Vos no lo recordaréis, porque soléis encomendar ese tipo de tareas a vuestros sirvientes, pero fue uno de ellos quien me encargó forjarla para vos. Supongo que ser el mejor herrero de Timar-Kathor tiene sus ventajas —prosiguió Karáemon—. Y lo mismo ocurre con las espadas de vuestros hombres. Hace años que tengo un contrato con la Guardia Kathorana, y todas sus armas, incluyendo la de ese traidor que tenéis a vuestra derecha, han sido grabadas con el mismo símbolo, una runa especial escondida entre las filigranas de la empuñadura, que impide que puedan dañar a mi hijo.

El rostro de Marlaz ensombreció.

—Mientes —gruñó, y con un rápido gesto de muñeca deslizó la afilada hoja por el cuello de Raslín. El vizconde observó perplejo la piel intacta del muchacho, y luego estudió la daga buscando en ella rastros de sangre. Los guardias parecían igual de sorprendidos.

Raslín aprovechó la confusión para tirarse al suelo, llevándose con él la silla, y Karáemon se lanzó hacia los guardias como una exhalación. Con el

martillo fuertemente sujeto entre sus manos giró sobre sí mismo para tomar velocidad y descargó un mazazo contra los hombres del vizconde. Uno de ellos consiguió interponer su espada, pero la maza destrozó el frágil metal y los huesos del brazo que la sujetaba. El crujido resonó por la estancia haciendo retroceder a sus compañeros, pero no llegaron muy lejos. Con otro golpe Karáemon los lanzó a ambos por los aires, y los vio estrellarse contra la pared. Uno de ellos, el que se había llevado la peor parte, tenía las costillas hundidas de forma antinatural. El otro, el guardaespaldas del príncipe, sangraba profusamente por la cabeza.

Marlaz chilló como un cerdo y retrocedió hasta un rincón. Los otros dos atacaron al herrero por la retaguardia. Karáemon reaccionó a tiempo y pudo detener una espada, pero la hoja de la otra consiguió morderle el brazo, y una flor roja se abrió en la tela de su camisa.

El guardia sonrió.

—Quizás tu hijo esté a salvo de nuestras armas, pero tú no lo estás —se burló. Karáemon observó la herida y asintió sopesando su maza de batalla.

—No necesito esa ventaja para acabar con escoria como vosotros.

El guardia miró a su compañero, que asintió y embistió contra el herrero. Karáemon fintó hacia la izquierda y usó el martillo para desviar su ataque. El otro aprovechó para tratar de ensartarle, pero Karáemon se dejó caer de rodillas y la hoja pasó por encima de su cabeza, rozando apenas su cuero cabelludo.

Desde el suelo, el herrero barrió con la maza las piernas de ambos soldados. La pesada cabeza del arma impactó contra las rodillas del primero antes de golpear con saña el muslo del segundo. Varios huesos estallaron como leños secos. El ruido casi ahogó los gritos de dolor.

Karáemon no perdió un segundo y usó la maza para aplastar la cabeza de uno de los soldados, reventándola como un melón maduro. El otro se arrastró para alejarse de él, pero un golpe seco en el espinazo detuvo su huida.

Marlaz trató de correr hacia las escaleras, pero Raslín, aún atado a la silla, se las arregló para hacerle la zancadilla y lo mandó de bruces al suelo. Karáemon avanzó lentamente hacia él. La espada del guardia debía haberle cortado mientras se agachaba, porque la sangre empapaba su cabello y chorreaba por su cara. Pero aun así una sonrisa desquiciada centelleaba en sus labios.

—¡No! —chilló Marlaz arrastrándose por el suelo como el gusano que era

—. No puedes matarme. Soy consejero de la corona. Si me matas los príncipes pedirán tu cabeza.

—No tengo intención de mataros —respondió el hombretón descargando la maza sobre uno de los pies del noble, aplastando carne y huesos y destrozando tendones. El aullido del vizconde fue música para sus oídos—. Creo que ese honor le corresponde al Príncipe. Y por cierto —añadió señalando el brazo de bronce—. Esa prótesis no sirve para nada. Solo es un pedazo de chatarra. Hace casi dos semanas que Suricata recogió la nueva que forjé para él.

Y solo por el placer de oírle gritar de nuevo, Karáemon alzó su martillo y le aplastó el otro pie.

Promesas

La selva susurraba a su alrededor, y Nada la escuchaba. Las voces de los árboles le contaban historias que el tiempo había olvidado, historias de sus antepasados. Pero a veces le hablaban del futuro. Los árboles no podían ver el mañana, pero su memoria era tan vasta que podían discernir los patrones del eterno ciclo de la vida y predecir lo que estaba por llegar. Y ahora presagiaban un mañana de oscuridad y muerte.

Como si ella necesitara que se lo dijeran.

Nada avanzaba sin prestar atención a lo que la rodeaba. No necesitaba mirar dónde pisaba, pero no era porque las raíces y los arbustos se apartasen a su paso. Ella no era una con la selva, como su gente decía. Simplemente se conocían. Por eso sus pies evitaban los tocones de los árboles, los agujeros de las madrigueras, las rocas y los arbustos venenosos, porque sabían dónde se encontraba cada uno de ellos.

“Ojalá fuese de verdad una con la selva”, se dijo. “Así podría recorrerla sin tener que usar las piernas”.

No importaba que su cuerpo no reflejase su verdadera edad. Ni siquiera cuando tomaba la apariencia de una niña podía olvidar el peso de los siglos sobre sus espaldas. Por suerte, eso pronto dejaría de preocuparla. Los árboles habían hablado, y no solían equivocarse. Además, tenía otras preocupaciones. Su mente estaba inquieta. Había muchos planes en marcha, y si quería que funcionaran debía asegurarse de que todas las piezas encajasen.

En las últimas semanas la aldea se había visto sumida en una actividad frenética. Atrás habían quedado la plácida monotonía y la sencilla rutina del día a día, y Nada temía que no volverían a recuperarlas. Porque ocurriera lo que ocurriese, todo cambiaría. Se enfrentaban a un momento que alteraría para siempre el destino de su pueblo, y de ella dependía que, cuando el polvo se asentara, su gente siguiese en pie.

Por eso su tribu había empezado a fabricar objetos imbuidos, armas mágicas y hechizos contenidos, listos para ser liberados. Eso último había sido idea de Ardilla Ladradora, quien al parecer lo había aprendido del pueblo verde.

Los suyos no eran los únicos que se estaban preparando. Nada había enviado mensajeros a las otras ocho tribus para informarles de que Kan K'i'ik' había vuelto.

La amenaza del regreso de la Serpiente de Sangre había sido recibida con escepticismo por algunas, y solo cinco de ellas habían enviado emisarios para empezar las negociaciones para la reunificación. Eso significaba que las otras tres aún no habían empezado a preparar su arsenal mágico.

Esas le iban a dar problemas, lo sabía. Lobo Que Salta y Ciervo Gris eran demasiado orgullosas para ceder el control, y Tortuga A La Luz De La Luna ni siquiera quería oír hablar de la reunificación. A Nada no le quedaba más remedio que ir a verlas a las tres en persona para meter algo de sentido común en sus duras molleras. Tras seis siglos de paz la guerra volvía a llamar a sus puertas, y había llegado el momento de que las nueve tribus volviesen a ser una. Y si para eso debía enfrentarse a esas tres en combate de honor, se aseguraría de patear sus flácidos culos.

La perspectiva de una guerra había elevado el espíritu de los más jóvenes. Era comprensible, ninguno de ellos había sufrido los estragos de una, ni eran conscientes del dolor y de la pérdida que dejaban tras de sí. Todo lo que sabían sobre ellas procedía de leyendas embellecidas a lo largo de los siglos.

Nada, sin embargo, las conocía bien. Había sobrevivido a la última.

Solo era una niña cuando su madre, Gavilán Que Vuela Solo, y las otras ocho Sagradas se sacrificaron para impedir la llegada de la Serpiente, pero recordaba aquellos hechos con tanta claridad como el almuerzo que había tomado aquella mañana. Sabía lo que la guerra traería, las penurias que esperaban a su gente, las muertes sin sentido; pero era inevitable. Kan K'i'ik' no se detendría.

Al menos quizás eso le daría la oportunidad de vengar la muerte de su madre y la de los miles de inocentes que perecieron por culpa de la codicia de sus antepasados. Todo su mundo, la tierra, los ríos, los bosques y los animales, habían quedado mancillados para siempre por culpa de una ambición que la Serpiente había alimentado. Y Nada estaba deseando poder retribuírselo en persona.

La espesa vegetación pareció abrirse frente a ella como una cortina, dejando a la vista un amplio valle pintado de blanco y salpicado de motas multicolor, vestigio olvidado de una gloriosa civilización ya desaparecida. Edificios de altura imposible y formas evocadoras reposaban ahora como esqueletos de leviatanes a lo largo de calles empedradas invadidas de vegetación. Lujosos palacios de mármol rosa, verde, blanco, negro y azul que antes habían competido por dominar el paisaje con sus vivos colores, lucían ahora tristes y apagados. Y en el centro de todo ello, apuntando al cielo con soberbia, se alzaba orgullosa la gigantesca pirámide escalonada que había sido el centro de poder de los viejos reyes.

Nada sintió un escalofrío. Como el cadáver de una criatura viva, Eh'n Bak Too se había ido deteriorando, y ahora solo era una sombra de lo que había sido. Al adentrarse en sus calles recordó haber paseado por ellas cuando aún bullían de vida. Recordó haber visitado el mercado con su madre al pasar frente al imponente edificio que ahora estaba siendo devorado por la maleza. Recordó haber jugado de niña en aquel callejón, y haber asistido a un parto con su madre en aquella casa de la esquina. Recordaba las competiciones en el anfiteatro, y el sótano de la herrería en el que se había escondido de los guardias del rey. Los recuerdos eran abrumadores, por eso Nada evitaba regresar a aquel lugar. Apenas lo había hecho en una docena de ocasiones desde el final de la guerra, desde la muerte de su madre, y esperaba no tener que volver a hacerlo.

No necesitó buscar huellas para saber dónde se encontraba su nieta. Podía percibir la magia de su *tótem*. Nada se plantó frente a las escaleras, maldijo en voz baja a sus ancestros y empezó a escalar. El ascenso duró casi diez minutos, y cuando llegó a la cima de la pirámide estaba sin aliento y empapada como un sapo.

Jaguar estaba en el templo, sentada con las piernas cruzadas sobre el altar, dándole la espalda. Su cabello brillaba con destellos de ébano, su piel estaba cubierta por una fina capa de vello dorado, y una cola reposaba enroscada

junto a su pierna. Su nieta estaba ofreciendo una plegaria a los espíritus para suplicar que le concedieran su favor. Nada no podía ver lo que sostenía sobre sus muslos, el motivo de su plegaria, pero el cántico le dio una pista.

Nada se alarmó. Quizás Jaguar hubiese recuperado parte de su juventud, pero aún no estaba lista. No estaba preparada para lo que se proponía hacer. Se acercó a su nieta dispuesta a interrumpirla, pero la chica emitió un leve rugido gutural y su cola se sacudió de un lado a otro de forma amenazadora.

La anciana se detuvo, aunque eso no significaba que se hubiese rendido.

—Déjalo, niña —le ordenó—. Lo que quieres hacer es peligroso. Puede matarte.

—Sé lo que hago, abuela —interrumpió su canto para decir, y enseguida lo retomó.

Nada entonó su propio salmo, aunque el suyo fue apenas susurrado. Si no podía impedir que la cabezota de su nieta cometiera una locura, al menos podría ayudarla para que aquello no acabara en desastre. Cuando los espíritus respondieron a su plegaria y le otorgaron su magia, ella se la cedió a Jaguar.

¿Y qué otra cosa podía hacer? La chica era la única familia que le quedaba, ahora que Halcón se encontraba más allá del mar de la tormenta eterna.

Había sido duro para ella verla sufrir durante los rituales de sangre, pero había sido necesario para restaurar el equilibrio de su espíritu y recuperar su magia. Y como con los rituales, Jaguar quería hacerlo todo demasiado deprisa. Nada y ella ya habían discutido porque la muchacha se había empeñado en someterse a dos rituales por luna, y se negaba a aceptar que eso la habría matado. Jaguar era impaciente, como su padre. E igual de testaruda. Dos defectos que debía aprender a templar si iba a convertirse en su sucesora.

Nada aún no se lo había mencionado a su nieta, pero tenía claro que solo ella entre todas las posibles candidatas era digna de llevar el manto de Nada y ocupar su puesto como cabeza de la tribu. Había mucho de Gavilán en ella: su tenacidad, su sentido del honor, y la ferocidad con que defendía aquello en lo que creía; y eso le daba esperanzas. En ocasiones, incluso, le había parecido ver un destello de su madre en los ojos de la muchacha. Pero eso no bastaba. Si no aprendía a temperar su impulsividad no sería una buena líder para su pueblo.

El cántico cesó, y Jaguar se desplomó, agotada. Solo la intervención de Nada impidió que cayera al suelo. La anciana trató de ayudarla a tumbarse en el altar, pero ella se negó y se quedó sentada, apoyada en una mano para

mantenerse derecha. Su vello había desaparecido y su piel había recuperado su tono normal; quizás algo más pálido. Las arrugas de su rostro le recordaron a Nada que la muchacha aún tenía un largo camino por delante.

—Abuela —murmuró casi sin fuerzas— Lo he conseguido —dijo mostrándole la daga.

Nada estudió la reliquia. Había sido forjada más de dos mil años atrás para uno de los viejos reyes, Nada ya no recordaba cual, y durante siglos se había usado en los rituales de sangre, especialmente en sacrificios. La empuñadura era de oro, y estaba decorada con símbolos cuyo significado se había perdido en el tiempo. La hoja era de diamante. Algunos afirmaban que su color era natural, pero la mayoría creía que su brillo rojizo se debía a la sangre que había probado su filo. Fuera como fuese, siglos de rituales habían convertido el *diamante sangriento* en un arma muy poderosa, y supuestamente irrompible.

Eso último resultó ser falso. La gema se había quebrado cuando Jaguar y Ardilla habían tratado de usarla para detener al espíritu demonio de Oso Sagaz, y con ella habían perdido la única arma capaz de acabar con un alma poseída por un *tótem*.

Nada le había prometido a su nieta que restauraría la daga, pero había estado tan ocupada que aún no había tenido oportunidad de hacerlo. Y como siempre, la impaciencia de la muchacha la había llevado a cometer una estupidez. Por suerte Nada había llegado a tiempo de evitar una desgracia.

—¡Niña estúpida! —la reprendió fulminándola con la mirada—. Podrías haber muerto.

—Era necesario. Tengo una deuda pendiente, y no descansaré hasta que esté saldada.

Nada suspiró, y sintió su enfado disiparse.

—Hija —dijo acariciándole el rostro con manos ajadas—, los ancestros han puesto sobre tus hombros una pesada carga. Malditos sean por ello.

—Abuela, no blasfemes —resopló Jaguar.

—Cuando llegues a mi edad también tú les perderás el respeto —sonrió la anciana—. Sé que es duro para ti, pero debes tener paciencia. Sí, has conseguido volver a forjar la daga, pero aún no estás lista para usarla. Y el poder que has invertido en el hechizo te ha hecho empeorar. Puedo sentirlo.

—Necesito hacer algo, abuela. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras Ardilla... —la muchacha apartó la mirada y agachó la cabeza. Nada

cubrió con sus manos las de su nieta.

—No todo está perdido —le repitió como lo había hecho ya tantas veces—. Así que no te prepares para lo peor.

Jaguar se levantó y dio un par de pasos tambaleantes hasta una de las puertas del templo. Nada no pudo ver las lágrimas en sus ojos, porque le daba la espalda, pero las intuyó.

—La magia corrupta le está cambiando, lo sabes. Pronto no podrá controlarla, y su *tótem* le poseerá. Y todo es por mi culpa —su voz se fue apagando hasta volverse un susurro—. Otra vez.

El corazón de Nada se encogió un poquito. Su nieta cargaba con el peso de una culpa de la que jamás podría librarse.

Oso Sagaz había tenido que criarlos a ella y a Halcón tras la muerte de su esposa. Nada había intentado ayudar supliendo el vacío que había dejado su madre, pero por desgracia sus obligaciones consumían la mayor parte de su tiempo. Oso era un buen hombre, pero era un hombre; un guerrero que se enfrentaba a los retos de cara y sin pensar, dejándose guiar más por el corazón que por la cabeza. Exactamente como Jaguar. Y cuando su hija se encontró al borde de la muerte decidió hacerle frente aunque eso le costase el alma.

Eso fue exactamente lo que pasó. Al usar magia corrupta su alma quedó contaminada y su *tótem* le poseyó, convirtiéndole en una retorcida versión de su animal guía.

Muchos perdieron la vida a manos de Oso, el amante de Jaguar entre ellos, y todas aquellas muertes pesaban sobre su conciencia. Eso hizo que su corazón se endureciera y que se escondiera tras una coraza de estoicismo disfrazada de honor. Se juró que no descansaría hasta haber liberado a su padre de su maldición, y esa búsqueda se convirtió en su obsesión.

La llegada de Ardilla había afectado a Jaguar mucho más de lo que ella estaba dispuesta a admitir. El forastero se las arregló para penetrar en sus defensas y lograr lo imposible: que Jaguar se interesara por él. La muchacha podía protestar todo lo que quisiera, pero Nada sabía lo que su nieta sentía por el hefestiano.

Con su ayuda Jaguar pudo detener por fin a su padre, pero un giro del destino quiso que Ardilla cometiera el mismo error que Oso había cometido años atrás, y también él se infectó con magia corrupta para poder salvarle la vida.

Y como había hecho con su padre, Jaguar le había prometido a Ardilla que acabaría con su maldición.

—No sabemos con certeza si sufrirá el mismo destino que tu padre —le recordó Nada—. Ardilla no nació aquí, no ha estado expuesto a esa magia toda su vida. No sabemos cómo le afectará.

—Pero le afectará —insistió Jaguar empuñando con firmeza la daga. La hoja capturó un rayo de luz y devolvió un destello carmesí que tiñó de rojo parte de su rostro—. Ambas sabemos que ocurrirá. La corrupción consumirá lentamente su alma hasta que ya no quede nada de él, y entonces su *tótem* tomará el control. Quizás ya haya empezado. Y entonces no tendré más remedio que atravesar su corazón con la daga para detenerle.

—No tiene por qué ser así —replicó nada con seriedad—. Tú le conoces. Sabes de lo que es capaz. Yo misma le he visto obrar milagros que creía imposibles —“como robarle el corazón a mi nieta”, pensó—. No le des tan pronto por perdido.

Jaguar se volvió hacia ella. En sus ojos trataba de nacer un atisbo de esperanza, pero fue aplastado por la incredulidad.

—Ojalá tuviera tanta fe como tú —dijo echando a andar escaleras abajo.

—No vas a ir en su busca —dijo Nada. Jaguar se detuvo.

—Debo hacerlo. Le hice una promesa.

—No vas a ir —repitió Nada.

—¿Vas a tratar de impedírmelo? —dijo volviéndose para mirar a su abuela a la cara. Su gesto era desafiante.

—No, pero no puedes seguirle allá donde está. Se encuentra a un océano de distancia.

—Hallaré la forma. Él consiguió abrir un portal hasta su tierra, seguro que los espíritus pueden ayudarme a hacer lo mismo.

—Él tenía un ancla, y conocía su lugar de destino —le explicó Nada—. ¿Tienes intención de abrir un portal a ciegas sin saber dónde conduce?

—Me arriesgaré.

—No seas estúpida.

—Tengo que hacer algo, abuela. Si ardilla mata a alguien, será por mi culpa. Va a partirme el corazón tener que acabar con él, pero si no lo hago otros sufrirán.

—Pues entonces concéntrate en tu recuperación. Te necesito para que te encargues del entrenamiento de nuestras tropas. Eres uno de nuestros mejores

guerreros. Quiero que aprendan de ti.

—Pero Ardilla... —protestó Jaguar.

—No te preocupes. Algo me dice que volveremos a verle por aquí.

El modo en que los ojos de la muchacha parecieron saltar en sus órbitas casi la hizo reír, pero se contuvo.

—¿Por qué iba a volver? —su gesto volvió a enfurruñarse—. Ya le oíste, la chica a la que ama está en Hefestia. Y también su enemigo. No tiene motivos para regresar.

—Lo sabes. Conoces las leyendas. —Jaguar arqueó una ceja—. Kan K'i'ik engañó a los viejos reyes para que crearan más magia de la que necesitaban. ¿Por qué lo hizo?

—Porque quería cruzar la *puerta de sangre* para hacerse con ella —respondió la muchacha sin acabar de entender la razón de la pregunta.

—Oleadas y oleadas de magia corrupta, tóxica para nosotros, pero un tesoro para él. Y ahora que ha vuelto, ¿crees que va a olvidarse de que tiene una reserva de poder semejante esperándole aquí?

Jaguar abrió mucho los ojos cuando comprendió el razonamiento de su abuela.

—Kan K'i'ik va a venir.

—Y Ardilla vendrá tras él —asintió la anciana—. Por eso debemos prepararnos. Tenemos que estar listos para cuando llegue el momento. La reunificación va a ocurrir, puedes estar segura de ello. Y cuando las nueve tribus sean de nuevo una voy a necesitarte más que nunca.

Jaguar cerró los ojos y asintió en silencio, pero su tensa presa sobre la daga no llegó a aflojarse.

—Y cuando llegue el momento, si tú no eres capaz de hacerlo, te prometo que yo misma le clavaré esa daga en el corazón —concluyó Nada.

El manantial estéril

Merlín paseaba nervioso por la habitación. El extraño cosquilleo que anidaba en la boca de su estómago parecía haberse extendido hasta las piernas, y le impedía quedarse quieto. No recordaba haber estado tan impaciente o tan excitado en siglos.

La última vez que sintió algo parecido fue el día que conoció a Amaterasu.

Nunca antes había visto a un dios en persona. Sabía que existían, por supuesto. Conocía las leyendas. Y también había sufrido su cólera. Pero aquella iba a ser la primera vez que se encontrase con uno cara a cara, y la idea le resultaba a la vez intrigante y aterradora.

Le había llevado un par de siglos, y había tenido que visitar casi un centenar de mundos distintos, pero finalmente había dado con uno rico en magia en el que detectó la presencia de los Primeros. Era muy débil, pero bastaba para ser percibida.

Como había ocurrido en su mundo natal, los Primeros habían visitado aquel lugar, habían llevado allí la magia, habían enseñado a sus habitantes a usarla y finalmente, cuando habían considerado que sus discípulos ya estaban preparados, se habían marchado para continuar su eterna peregrinación por el multiverso. Pero su partida debía haber sido bastante reciente, porque no todos se habían marchado. Unos pocos se habían quedado atrás, algunos para zanjear asuntos pendientes y otros, como Amaterasu, por razones sentimentales.

La mañana que se había encontrado frente a las puertas de su palacio, Merlín había sentido la misma agitación que sentía ahora mismo. La muchacha no era un dios, pero sí lo más parecido a uno que existía.

La puerta se abrió. Al otro lado dos soldados k'rrn'r flanqueaban a la joven a la que tan impaciente estaba por ver. Merlín inspiró profundamente y percibió el irresistible aroma de la magia. Manaba de su cuerpo en oleadas, pura y cristalina, tan tentadora como el agua de un oasis tras una eternidad en el desierto. Tomó un sorbo y lo paladeó con deleite.

“Por fin”, se dijo mientras la saboreaba.

Uno de los guardias dio un empujón a la muchacha para hacerla avanzar. Ella trastabilló, y por un momento pareció que iba a caer, pero consiguió estabilizarse y recuperar el equilibrio. En cuanto se hubo enderezado se encaró al k'rrn'r que la había empujado y le miró con fuego en los ojos.

—Vuelve a ponerme la mano encima y te haré lo mismo que le hice a vuestra Primal Toth —le amenazó.

El k'rrn'r gruñó y le enseñó los dientes. Ella le ignoró, le dio la espalda para mostrarle que no le tenía miedo, y se adentró en la sala caminando con una confianza que rayaba la arrogancia y que a Merlín le resultó refrescante.

“Qué criatura tan magnífica”, pensó conteniendo una sonrisa.

Sus ojos finalmente se encontraron, y la muchacha titubeó. Por su mirada cruzó un destello de sorpresa que enseguida fue remplazado por uno de confusión.

— Adelante, por favor —aprovechó él para saludarla—. Mi nombre es Merlín —se presentó—. Bienvenida a Imperia.

La chica parpadeó.

—Eres humano —titubeó.

—Lo soy —asintió él—. Procedo de un mundo no muy distinto al tuyo. Aunque ha transcurrido una eternidad desde que pude visitarlo por última vez, así que no sé cuánto o cómo habrá cambiado en todo este tiempo.

Un desfile de expresiones cruzó por el rostro de la joven. Finalmente pareció decidirse por una de indiferencia, que llegó acompañada por una mirada esquiva que enseguida le ignoró a él para centrarse la sala.

Con un gesto de Merlín los soldados desaparecieron tras la puerta cerrada.

La muchacha pasó junto a los estantes cargados de volúmenes sin prestarles más atención de la que le había dedicado a él. El enorme ventanal tras el que

se extendía la ciudad, sin embargo, pareció despertar su curiosidad. Merlín la vio detenerse frente al cristal, dándole la espalda.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó tras un prolongado silencio.

Ella fingió ignorarle y siguió estudiando el paisaje como si lo encontrase fascinante. Quizás lo hacía. Imperia era una maravilla arquitectónica, y merecía ser admirada.

Al no obtener respuesta, Merlín se acercó un poco más. La joven debió percibir movimiento por el rabillo del ojo, porque le miró de soslayo por encima del hombro. Merlín se detuvo. Ella suspiró.

—Estoy aquí porque hice un trato con tu amo —respondió finalmente—. Mi vida a cambio de las de mis amigos y mi familia.

—No tienes por qué preocuparte —creyó necesario tranquilizarla—. Tu vida no corre peligro.

—Lo sé —replicó ella muy segura—. Lo he deducido cuando los guardias han soportado mis golpes sin devolvérmelos. Supongo que tu amo está tan interesado en lo que puede conseguir de mí que no ha querido arriesgarse a estropear la mercancía.

—¿Y sabes qué es lo que quiere de ti?

Alia se encogió de hombros.

—Poder, supongo. Eso es lo que todos buscan. Deimos me contó... —su voz se apagó, y Merlín notó que tragaba saliva—. Korro'th me contó que soy una *Simiente*, que soy capaz de acceder a lo que él llama el *Manantial*, la fuente de toda magia. Supongo que me querrá para conseguir ese poder.

Se sostuvieron la mirada unos segundos. Ella parecía querer descifrarle. Merlín casi podía ver los engranajes de su cabeza moviéndose. Él simplemente se deleitaba saboreando la magia que destilaba su cuerpo.

—¿Vas a servirle? —le preguntó. Sentía curiosidad por ver qué le respondería.

—¿Servirle? —repitió ella con un bufido—. Nunca. No pertenezco a nadie. ¿Ayudarle? —suspiró—. No estoy segura de si tengo otra opción.

Para su sorpresa la muchacha avanzó un paso y se detuvo frente a él, a un suspiro de distancia.

—¿Cómo puedes servirle tú? —le preguntó.

Merlín parpadeó, descolocado. No se había esperado esa pregunta, y necesitó unos segundos para componer una respuesta. La chica se le adelantó.

—¿Acaso no ves lo que es, lo que hace? Tu amo es un déspota. ¿Tienes

idea de las atrocidades que ha cometido? Invade mundos y extermina o esclaviza a sus habitantes solo para poder expresar su magia. Altera a pobres criaturas inocentes para convertirlas en bestias asesinas. Organiza matanzas para poder capturar a un solo individuo. A mí. Es un demonio, y pervierte todo cuanto toca —suspiró y apartó la mirada—. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? Por eso estás aquí. Por eso te ha enviado tu amo. Eres humano, como yo. Debe creer que un rostro de aspecto familiar me hará sentir más cómoda. Quizás incluso planea utilizarte para convencerme, para ayudarme a tomar una decisión. —Sus ojos volvieron a encontrarse. Esta vez Merlín vio en ellos el mismo fuego de antes—. Así que dime, ¿por qué debería ayudar a tu amo?

—Has dicho que habías hecho un trato con él —respondió Merlín.

—Un trato que ya he cumplido. Estoy aquí, como él quería, a pesar de no tener pruebas de que él haya cumplido con su parte. Si quiere algo más, tendrá que negociar. Y te recuerdo que aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué debería ayudarle?

—Para evitar más muertes —respondió Merlín.

“Para evitar más muertes”, le había dicho Amaterasu. Durante toda su conversación le había estado mirando con la altivez propia de una diosa, pero cuando había pronunciado aquellas palabras su rostro vestía una máscara de pesar, y en sus ojos había conmiseración. Lo último que Merlín necesitaba de ella.

—Para evitar más muertes —repitió la chica—. Es decir, que si no hago lo que él quiere invadirá mi mundo y matará a mis seres queridos, ¿no es eso?

—No lo entiendes —sacudió Merlín la cabeza—. Él solo invade nuevos mundos para extraer su poder. Pero con tu ayuda eso ya no será necesario. El manantial contiene toda la magia que necesita. Si aceptas servirle podrás salvar otros mundos de ese destino.

Merlín vio la duda en sus ojos. Eso era algo que podía explotar.

—No más conquistas. No más muertes —la tentó.

El silencio estaba preñado de buenos presagios, o eso le pareció a él. Pero entonces algo cambió en la expresión de la muchacha, una repentina rigidez en sus facciones.

—¿Por qué? —preguntó finalmente. Merlín la miró sin entender del todo la pregunta—. ¿Por qué quiere tu amo tanto poder? ¿Para qué lo necesita?

“Jamás lo recuperarás”, le había dicho Amaterasu. Su mirada era dura.

Había perdido la paciencia. “Mocosos insolentes”, le había llamado.

—Él era como tú, ¿lo sabías? Era una *Simiente*. Estaba enlazado con el *Manantial*. Pero los Primeros se lo arrebataron. Les imploró que se lo devolvieran, pero ellos se negaron. Dijeron que no era digno, que había abusado del poder y que no merecía poseerlo.

—¿Y pretende recuperarlo? —preguntó ella—. ¿Por eso ha invadido tantos mundos? Si lo que quiere es mi magia, por mí puede quedársela.

—Ojalá fuese tan sencillo —suspiró—. Pero las cosas no funcionan así. El único modo en que puede recuperar su conexión con el *Manantial* es viajando al mundo de los Primeros. Por eso te necesita. Tu conexión con ellos le permitirá encontrar el camino y abrir la puerta.

Otra tormenta de emociones encontradas estalló en el rostro de la joven. Merlín decidió esperar. Prefería dejar que tomase la decisión sin interferencias.

—No —dijo finalmente con determinación—. Ha hecho cosas demasiado horribles para ignorarlas. Si le ayudase ahora estaría insultando la memoria de todos los que han muerto por su culpa. Conocía a muchos de ellos. A algunos incluso los quería. Así que no voy a permitir que su asesino consiga lo que siempre ha deseado.

Merlín sacudió la cabeza y dio media vuelta. La había perdido. Por un momento casi había sido suya, pero se le había escurrido entre los dedos.

—No tienes ni idea de cómo es —dijo con voz muy débil—. El vacío. Como un hambre insaciable; una sed interminable. —Alzó de nuevo la mirada y se volvió hacia la joven—. La muerte habría sido preferible, pero ellos decidieron castigarme privándome de la magia. Fue como si hubiesen arrancado el alma de mi cuerpo.

“No tienes alma”, le había dicho Amaterasu. “Eres un *korro'th*, un sin-alma”.

—Me lo arrebataron todo —prosiguió alzando la voz. La chica le miraba ahora con los ojos muy abiertos. Sus labios se movían tratando de dar forma a una palabra que se negaba a ser pronunciada—. Cortaron mi conexión con el *Manantial*, y solo dejaron el vacío. Solo dolor, un dolor ensordecedor, y el conocimiento de que jamás la recuperaría. Y cuando acudí a ellos, suplicando de rodillas su clemencia, me despreciaron. ¡Me insultaron!

“Niño estúpido. ¿Te atreves a exigirle a una diosa?”, le había reprochado Amaterasu.

—Tú —susurró Alia. Merlín la ignoró.

—Yo les enseñaré. Con tu poder unido al mío no podrán seguir ignorándome. Y cuando demos con ellos...

—Eres tú —alzó la voz—. ¡Tú eres Korro'th!

El sin-alma.

—Mi nombre no importa —dijo Merlín envolviendo en hielo sus palabras—. Lo importante es que vas a ayudarme a recuperar mi conexión con el *Manantial*, o el próximo mundo en caer será el tuyo. Y me aseguraré de que no quede nadie con vida.